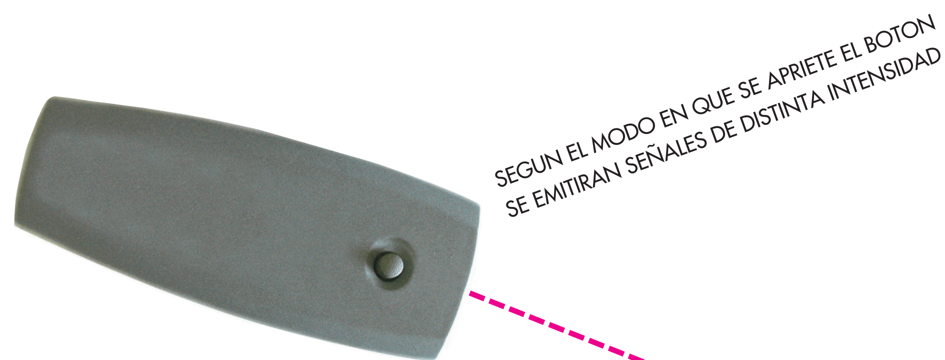
5.12.03.
AÑO 6.
N*295

LAS12

Elena Roger homenajea a Mina
Las tejedoras de la villa 31 traman su futuro
Mujeres con vih que decidieron ser madres



Sí, la realidad supera la ficción. Finalmente se puso a prueba un implante que arranca **orgasmos** a las mujeres accionando un control remoto.



¿DE QUIEN ES

SEXUALIDADES La noticia de que el Orgasmatrón –un implante de electrodos que accionado por un control remoto desencadenaría orgasmos en las mujeres– finalmente fue puesto a prueba con la autorización de la Administración de Drogas y Alimentos de los Estados Unidos sirve de excusa para invitar a cuatro plumas masculinas que imaginan negros futuros de prescindencia femenina. No es para tanto, ni para tan poco.

POR M. D.

Como si no hubiera sido suficiente con aquella prehistórica discusión sobre si el orgasmo correcto era vaginal o clitorídeo, como si no se hubieran trazado mapas imposibles para arribar a la meca del archifamoso punto G, ahora resulta que hay otro tipo de orgasmo, nuevo, sin fatiga, sin sudores ni lágrimas: el orgasmo que otorga el Orgasmatrón, un implante bajo la piel recientemente patentado por un tal doctor Meloy que, accionado por un control remoto provocaría el orgasmo en las mujeres. Un aparato temible si nos dejamos guiar por los textos que siguen a continuación de éste y los variados comentarios escuchados durante la semana en televisión, que amenaza con volver inútil la existencia misma de los hombres –es verdad, mujeres lesbianas no han sido consultadas, pero suelen tener menos dudas sobre el orgasmo femenino– y lo que es peor, puede convencerlos de abandonar su educación para el placer –¿qué momento más oportuno que éste para invitar a estas páginas a cuatro varones de edades diversas aunque con fantasmas similares?–. Total, todo lo que hace falta son 13 mil dólares para proveer a su señora de las mejores sensaciones. Pero es aquí cuando se hacen más necesarias que nunca unas cuantas aclaraciones: en principio, vale decir que el orgasmo es la última parte, el final –el acabóse– de cualquier encuentro sexual. ¿Por qué menospreciar tantas cosas lindas que pasan en el medio, desde besos hasta caricias, diálogos, películas vistas de reojo, disfraces, histerias varias y jugueteos de todo tipo? No es casual que haya sido un doctor –y no una doctora– quien se haya apurado a patentar tal aparatito aun antes de conseguir las suficientes voluntarias para experimentar sus beneficios. Ya sabemos que lo de ellos suele ser un camino recto, guiado por la eficiencia y por qué no la tumescencia de su instrumento, que sin arte, debemos reconocerlo, de poco sirve. ¡Y seguro que después va a haber que agradecerle a este señor el gracioso otorgamiento de nuestros orgasmos!
Hay que decirlo –como bien reconoce Carlos Rodríguez en su texto–, los hombres –ni las mujeres– no *dan* orgasmos, apenas si es posible, para unos y otras, ayudar a tenerlos mientras se viaja con deseo de aventura por el cuerpo del otro/a esperando que la sorpresa traiga algo más que unas cuantas contracciones mecánicas como las que promete el orgasmatrón.
¿Y si lo usamos y descubrimos que todo lo vivido hasta ahora ni siquiera se parece a un orgasmo?, inquiere una voz femenina al cierre de esta edición, sólo por plantear un dilema propio de crucigrama de domingo. ¿Y si se pierde el control remoto?, pregunta alguien más con deseos de meter cizaña. Cualquiera con edad suficiente como para haber perdido la cuenta de sus orgasmos sabe que la intensidad depende de mucho más que el estímulo directo –hasta ahora, muchachos, no ha habido vibrador que reemplace a un/a amante y miles de mujeres pueden atestiguar que son realmente efectivos–; y en cuanto a la pérdida del control... ¿acaso hay algo mejor que eso? Sí, es verdad que la realidad supera a la ficción. Pero también es posible decir que no hay ficción que supere el calor de una caricia ni eficiencia que reemplace la complicidad que genera una buena cantidad de errores. No es por agoreras, doctor Meloy, pero desde este humilde suplemento le deseamos corta vida a su implante y una larga, pero muy larga, a la aventura del encuentro. ¡Salud!

Sin una mano amiga

POR JUAN SASTURAIN

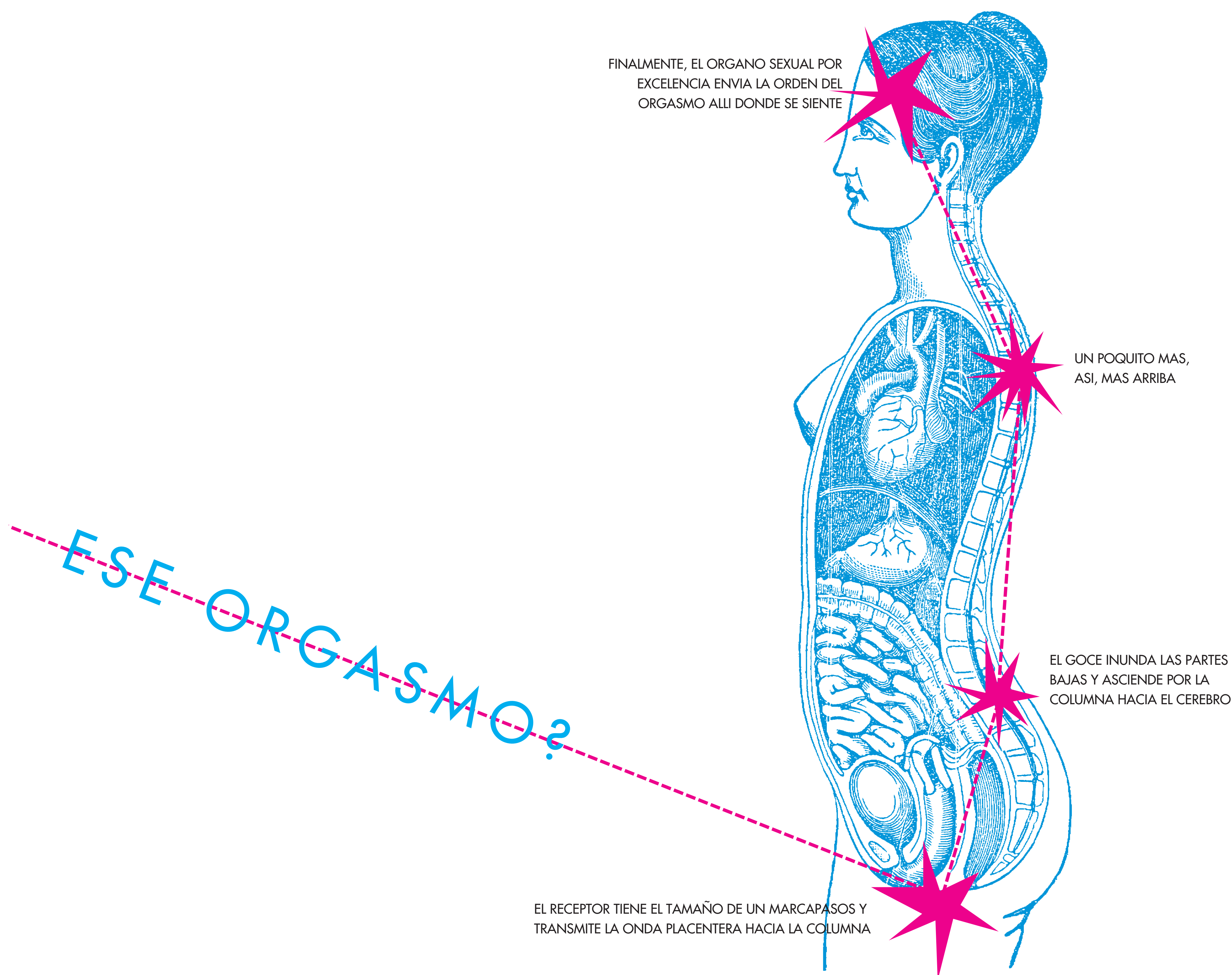
Las paredes de los baños y los cuadernos de Leonardo son pruebas gráficas suficientes como para demostrar que siempre hubo imaginativos capaces de dibujar lo que no existía pero que les hubiera gustado que sí. Por eso, no es raro que el acabador electrónico compulsivo que el rápido de Stuart Meloy –hay que verle la cara– encontró camino del dolor y registró camino del banco tenga antecedentes múltiples en el campo de la pajerísima historieta contemporánea.

La ciencia ficción progre de *Barbarella*, la heroína sesentista de Forest –que puso en pantalla Jane Fonda cuando la gimnasia la hacía en la cama y se entrenaba con Vadim y no con el colorido Turner– tuvo secuela menos sutil, en los ochenta, con el alevoso *Click* de Milo Manara, una berretada dibujada por Botticelli en línea clara. El lugar común entre aquellas dos fantasías y estas aparentes realidades estaba en el aparatito: en un caso, el adminículo encarnaba la autosuficiencia de una hembra feminista e independiente; en otro, a la inversa, el macho operador a distancia disparaba el estímulo inoportuno e incontenible como castigo a la burguesa careta y cagadora. Como suele suceder, en la historieta francesa el erotismo era conceptual, verbalizado –el dibujo te calentaba menos que *Patoruzito*–; en la del tano veronés, en cambio, la mina en tren de desatada era una fiesta de guardar.

Pero hay más y más cerca. Cuando Horacio Altuna se fue a Europa a dibujar sus propias cosas a principios de los ochenta, lo primero que hizo fue *Ficcionario*, una serie ambientada en sombrío futuro imperfecto protagonizada por un fotógrafo, testigo ocular y antihéroe vocacional: Beto Benedetti. Los viejos lectores de *Fierro* recordarán –o se habrán perdido, irremediablemente– el episodio en que Beto y su rotunda compañera sexual se instalaban en el aparato que les suministraba orgasmo seguro y en paralelo. Cogían mediatizados y optimizados por la máquina, un servicio aséptico que el puritano Orwell no se hubiera imaginado ni en *1984* ni en el dos mil tampoco. Woody Allen, sí. Su personaje quedaba medio turulato tras la paliza de orgasmos a máquina que experimentaba en *Todo lo que usted quiso saber sobre sexo y no se atrevía a preguntar*.

En todos los casos las fantasías dibujadas o filmadas sacaban puntas más ricas y estimulantes a la idea del estímulo electro-erótico que las que se desprenden del uso de este penoso implante, donde a la pobre mina le meten de todo en cualquier parte menos donde Dios manda. Como en la literatura o en el arte en general, en el amor –o el sexo, si se quiere– no es cuestión de qué ni de para qué sino de cómo. Y tampoco acá el fin justifica los medios. Claro que en plan de encontrar sucedáneos, depende del grado de necesidad, y eso es sólo parcialmente subjetivo: hay una diferencia entre la dentadura postiza, el vibrador, el marcapasos, los simuladores de vuelo o un plan trabajar. Cada uno sabe qué le sirve para compensar qué agujero material o de experiencia.

La libertad es libre, se sabe. Sin embargo, cabe recordarle a la futura implantada que decida acabar con todo, que entre otras cosas acabará con la posibilidad de cierto tipo de contacto primario –ni remoto ni controlado sino cercano y a menudo fuera de control–: la famosa mano en el culo. Cualquier falange sensible que en su dulcísimo recorrido tropiece con el lomo de burro de un metálico generador bajo la piel ya no seguirá cuesta abajo. Y esa mano amiga no volverá.



Adiós, mujer biónica

POR DANIEL RIERA

Lo recuerdo como si fuera hoy: te acompañé al quirófano, intercambié algunas bromas de doble sentido con el médico, esperé cinco horas en el pasillo, atendí los llamados de tu hermana, tu mamá y tus amigas, todas muy preocupadas, muy ansiosas, todas con la puta necesidad de hacer alguna broma de doble sentido, como si se hubieran puesto de acuerdo con el médico, como si ése fuera el único método posible para distraerse y distraerme, porque una operación siempre es una operación y ésta era una operación compuesta, un aparatito en el culo y unos electrodos en la espina dorsal, nada menos, mirá si se mandaban alguna cagada y quedabas cuadripléjica, mirá si te ponían electrodos un centímetro más arriba o un centímetro más abajo y quedabas como el jorobado de Notre Dame. Ellos decían que no había ningún riesgo, qué te van a decir, si te dicen que es peligroso no te operás un carajo y los señores se pierden 13 mil dólares.

Un viernes quedaste en observación en la clínica, el sábado a la mañana ya estabas en casa, el domingo descansaste, el lunes lo llamaste al médico para preguntarle si era necesario que permanecieras unos días en reposo y el médico se cagó de risa, te dijo estrene nomás mi amiga y le dijiste ya mismo doctor, quédese tranquilo y cortaste y ahí nomás pusimos el control remoto en "High Pleasure" y estrenamos.

De la noche a la mañana te volviste multiorgásmica. Una diosa del sexo, una reina, una fiera insaciable que me proporcionó, eso no te lo voy a negar nunca, los mejores polvos de toda mi vida. Ahora veo los hechos desde una perspectiva diferente, pero nadie me puede quitar lo bailado.

Estaba todo listo para que fuéramos la pareja más feliz del mundo: no te digo que éramos dos gotas de agua, pero coincidirás conmigo en que veíamos la vida de un modo bastante parecido. Y gracias a los implantes la cuestión del sexo estaba resuelta.

Sin embargo, no todo lo que reluce es oro y acá estoy, evocándote en mi diario, escribiendo esta carta que te está destinada pero que no leerás jamás. Te extraño, sí, no puedo disimularlo. Por momentos me parece que no puedo vivir sin vos pero ya ves, puedo. Estoy vivo y cada vez más seguro de que lo que no puedo es vivir con vos. El orgasmatrón acabó con lo nuestro. Qué ironía, je. Acabó con lo nuestro.

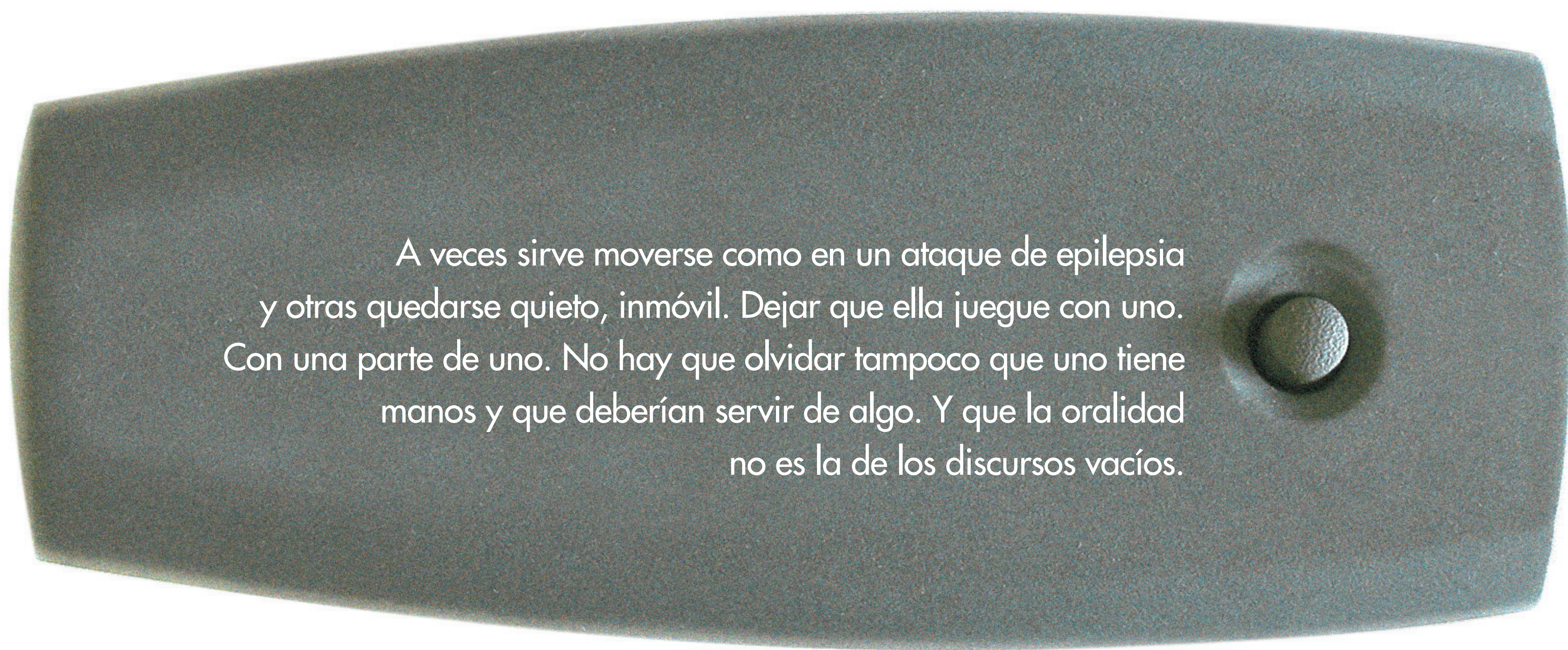
Un día, por accidente, descubrí que lo que hiciera o dejara de hacer en la cama te tenía sin cuidado. Fue cuando se me escapó ese pedo: ensimismada como estabas en lo tuyo (ahora sé que no es correcto decir "en lo nuestro"), no me dijiste nada. Inicié desde entonces una rutina de desamor experimental: me convertí en el peor de los amantes al solo efecto de contrariarte y ni siquiera reparaste en el cambio que en mí se produjo. Mi autoestima sufrió un daño irreversible cuando comprendí que había perdido toda influencia en tu felicidad sexual, pero debo admitir que eso no fue lo peor que me pasó.

Otro día, observé con asombro que tus efusiones sonoras calcaban las de la noche anterior, que la progresión de gemidos y alaridos era siempre la misma. Grabé cinco de nuestros polvos y digitalicé las grabaciones: como el oído engaña, visualicé en pantalla los sonidos de tu pasión y confirmé mis sospechas: eran todos iguales, todos perfectamente afinados.

No sé bien quién sos, pero sí sé que ya no sos quien eras. Ibamos a ser felices y ahora cada uno vive en su casa y nos comunicamos por intermedio de abogados. Le entregué a la policía los casetes con tus alaridos mecánicos, con la esperanza de que detuvieran al médico que te transformó en un ciborg.

No me tomaron muy en serio.

Los entiendo: creen que dupliqué varias veces una cinta original, que perpetré un fraude para dejarte en ridículo. Suponen que, o me ponés los cuernos con el médico, o bien quiero recuperar los 13 mil dólares. La verdad es que pagaría más, mucho más de 13 mil dólares para recuperar a mi esposa original, para volver a la época en que cogíamos más o menos pero éramos una pareja y el Orgasmatrón, el maldito Orgasmatrón, no se había interpuesto aún entre nosotros.



¡Vamos los pibes!

POR SANTIAGO RIAL UNGARO

Y ahora qué hacemos? Por el momento, nadie se le anima al orgasmatrón, pero... ¿y si le empiezan a hacer publicidad Madonna, Britney o cualquier otra superstar y se pone de moda? Con este artefacto, la pesadilla de una generación de autómatas a lo Matrix se vuelve realidad, aunque sólo sea virtual: ahora todo es, o quiere ser, *automático*. Luego de que el acto sexual perdiera su exclusividad como función reproductora con el desarrollo y la implementación en el mercado de la inseminación artificial, el invento del Doctor Meloy (véanle, por el amor de Dios, la cara al hombre) nos amenaza con una mutación que volvería inútiles los rituales eróticos, esos inventivos juegos en los que el placer sexual, independizado de su función reproductora, se convierte en un fin en sí mismo.

Lo cierto es que la simple idea de una automatización del orgasmo es una expresión de la filolocura tecnológica de estos tiempos: sólo así se puede interpretar que existe alguien dispuesto a gastar 13.000 dólares (por esa cifra le podríamos exportar de acá a un par de sementales dispuestos a realizar un tratamiento sexual intensivo a cualquier adefesio), para dejar invadir su organismo por cables y electrodos, riesgosamente instalados en la espina dorsal. La comparación con el legendario Clic de Milo Manara (a partir de ahora el artista visionario y profético más berreta de la historia) es inevitable y confirma tanto el onanismo intrínseco de Stuart Meloy, como su indignidad como médico y su falta de valor masculino para aceptar el maravilloso desafío que implica para un hombre una mujer frígida.

Pero hay algo más: al delegar todo el ritual erótico en el "Clic" del orgasmatrón se pierde, en forma irremediable, uno de los patrimonios humanos más fascinantes y misteriosos: la infinita variedad de posibilidades de invención del juego erótico, ahora reducido a un mera palanca de cambios de velocidad. En 1790, William Blake anunciaba que "lo que hoy se nos aparece como finito y corrupto se transformará en infinito y sagrado. Esto llegará a suceder merced al perfeccionamiento del goce sexual". En contrapartida, es curiosa la regresión que plantea esta maquinita lujuriosa, cuya idea del orgasmo como un reflejo condicionado es, a no dudarlo, fruto de la codicia de este pseudodoctor orgasmatrónico. El erotismo humano (con sus sutiles variaciones y matices que hacen que cada relación sea única y especial) es lo que hace que nos diferenciemos de los animales, cuyos rituales de acoplamiento, aun siendo complejos y fantasiosos, como en el caso de los caracoles, son inmutables. Con su falta de confianza en el género opuesto (o, llegado el caso, en su mismo género), esta americanota obsesionada con su insatisfacción se niega a descubrir e inventar sus propias relaciones, sean sensuales, eróticas o sexuales. Y al no querer tener sus propias experiencias, al mecanizar sus orgasmos, simplemente se deshumaniza. Así como no hay Yin sin Yang no hay un principio Femenino sin un principio Masculino. A lo que se le suma el riesgo de exponerse a esta perversa e insensible cajita, operada por el Culorva de turno. El orgasmatrón puede ser, más allá de sus riesgos, una cajita de Pandora multiorgásmica, pero nunca va a poder reemplazar ni al más torpe de los amantes. Como señala Octavio Paz: "El protagonista del acto erótico es el sexo, o más exactamente, los sexos. El plural es de rigor porque, incluso, en los placeres llamados solitarios el deseo sexual inventa siempre una pareja imaginaria, o muchas. En todo encuentro erótico hay un personaje invisible, y siempre activo: la imaginación, el deseo. En el acto erótico intervienen siempre dos o más, nunca uno". Imposible pensar en compartir esas ondas expansivas generadas por el encuentro sexual, por ese intercambio de fluidos, de sentimientos y de fantasías que culminan en el orgasmo con el invento de este cirujano y anestesiólogo estadounidense. Niñas, chicas, mujeres del mundo: nunca el orgasmatrón va a poder compartir con ustedes una relación sexual. Pero, de rebote, la maquinita, con su amenaza latente que no logra disipar ninguna de estas reflexiones metafísicas y humorísticas, puede ayudar a despertar a los hombres confundidos o dispersos de su identidad sexual. En este nuevo siglo, la lucha será entre el hombre y la máquina, así que a ponerse las pilas: ¡Vamos los pibes!

Tener un hijo, escribir un libro y ayudar a un orgasmo

POR CARLOS RODRIGUEZ

Se ha escrito hasta el cansancio, y no sin razón, que para los hombres el orgasmo femenino es "un misterio". En todo caso, un misterio que guarda una maravilla. Cuando uno es joven y torpe –es preferible asumirse como torpe a creer que se lo sabe todo–, piensa que la clave depende sólo de la potencia y de cierta puntería. En esos casos, siempre es bueno confiar en la intuición femenina y dejarse llevar por ellas. Si ella es una mujer experta, tanto mejor. Si el éxito acompaña la adorable misión, uno no tiene que pensar que ya develó todos los misterios. Hay que ver lo que pasa con la amante que viene, si es que viene, claro. Cada mujer es un mundo.
Algunos creen que es cuestión de talento innato. Otros que hay que ser un macho cabrío. A unos cuantos, bueno es decirlo, ni les importa saber si su pareja sexual lo seguirá recordando –bien– después de la experiencia en común. Hay parejas que pasan años de convivencia donde el resultado es dos mil a cero. Y no crean ellos que van ganando. Todo lo contrario.

Con algunas mujeres el orgasmo, de ella, llega como una cuestión natural. En otros casos, hay que transpirar la camiseta. En algunos casos, el orgasmo, de ella, puede parecer un objetivo inalcanzable. En esos casos, desesperar es seguir desesperando. Con los años uno se va dando cuenta de que, por suerte, no es cuestión de tamaños.

Muchas veces la explosión llega con tímidos accesos. Importan más los juegos previos, el factor sorpresa, las humedades obtenidas en buena ley o la ayuda de un gel amigo. A veces sirve moverse como en un ataque de epilepsia y otras quedarse quieto, inmóvil. Dejar que ella juegue con uno. Con una parte de uno. No hay que olvidar tampoco que uno tiene manos y que deberían servir de algo. Y que la oralidad no es la de los discursos vacíos.

Igual, a pesar del empeño, el orgasmo puede tardar días, semanas y meses en llegar. O tal vez no llegue nunca. Pero si llega, ¡aleluya hermano! Es tocar el cielo, para los dos. Es hermoso ver al monte de Venus palpitar, conmoverse como en un terremoto. Y el beso que llega después se recuerda toda la vida. Yo elegiría tener un hijo, escribir un libro y ayudar a llegar al orgasmo a una mujer. Que los árboles los plante la municipalidad. Es cierto que es un logro que uno no le contaría a sus nietos, aunque no estaría mal romper la tradición de Caperucita. Por eso, señor, aunque es caminar por la cornisa del éxito y el fracaso, haga el intento. ¡Póngase media pila! Y ni piense en recurrir al "orgasmatrón".

TAPA: ALEJANDRO ROS

Ultima reflexión (biopolítica) sobre el "orgasmatrón"

POR MARIA MORENO

Cuando el doctor Stuart Meloy, un médico dolorólogo que estaba aplicando dos electrodos sobre la espina dorsal de una paciente para atenuar un dolor crónico, escuchó que ésta emitía un gemido de película porno muy por encima de la actuación media resultó un comienzo de investigación mucho más divertido que el de Arquímedes en su mitológica bañera. El invento del orgasmatrón fue un pretexto para que los periodistas tempraneros tuvieran tema a tono con polémica en el bar y la posibilidad de que un amante varón fuera reemplazado por una pieza equivalente a un celular, un control remoto o un silbato para perros. Pero al escándalo puritano de los profesionales consultados, la apelación a la artesanía casera del vibrador y los recordatorios de que la noción de Steckel de "mujer frígida" había fenecido con los muebles provenzal y las recetas de Petrona, habría que sumarle una visión aguafiestas pero menos coyuntural: Giorgo Agamben, al atribuirse no sin motivo la continuidad de la ruta trazada por Michel Foucault y Anna Arendt en torno a lo que se dio en denominar biopolítica, recordó en uno de los capítulos de su *Homo Sacer* cómo no era necesario pertenecer a la elite de científicos VIP del Tercer Reich para que la investigación en cobayos humanos, a fin de descubrir remedios a enfermedades mortales, implicaba, en gran medida, la posibilidad de muerte de éstos. El juicio de Nuremberg permitió la difusión de espeluznantes testimonios de los VP (versuchepersonen o cobayos humanos) sobre experimentos que iban desde la potabilidad del agua de mar a la inoculación de la hepatitis endémica, pasando por la esterilización con fines eugenésicos y la capacidad de sobrevivir en aguas heladas. Según Agamben, la defensa de los acusados puso en un brete a los jueces cuando demostró que esas prácticas atribuidas a un encabalgamiento entre la política y la psicopatología tenía antecedentes en países democráticos. En los años 20, casi mil reclusos de las prisiones norteamericanas fueron inoculados con plasmodio de la malaria a fin de investigar una posible vacuna contra el paludismo. El combate contra la pelagra y el beri beri exigieron la participación compulsiva de reclusos esta vez condenados a muerte a los que, de sobrevivir, se les condonaría la pena. Una curiosa negociación entre derecho, ciencia y bioética encontró una solución apropiada alrededor de una palabra que siempre ha tenido la suficiente ambigüedad como para ser utilizable tanto por la izquierda como por la derecha: consentimiento. (Un masoquista puede exigir legalmente su dosis de tortura por asfixia argumentando que ha firmado un contrato de común acuerdo con su master; un juez puede desestimar un caso de violación si una mujer sometida a una relación por la fuerza se relajó y se abrió de piernas a fin de salvar su vida.) A través de la pena de muerte los representantes de un Estado, que se reiría si alguien lo identificara con Maximilian Schell –abogado defensor en la película de Stanley Kramer *Juicio de Nuremberg*– ofrece en ese tiempo ya muerto para todo porvenir que separa de la horca, la inyección letal o la silla eléctrica, la alternativa entre una muerte adelantada debido a un experimento fallido, lo cual no hace más que ahorrar noche de tortuosas cavilaciones e innumerables visitas de familiares hechos un guiñapo y de curas y pastores evangélicos empeñados en imponer un pasaporte a la salvación por la coacción al arrepentimiento y la posibilidad de poder regresar en la tómbola de la vida ya no, por ejemplo, como asesino serial, sino como contribuidor al avance de la humanidad. Agamben cita un formulario utilizado en el estado de Illinois para que alguien se postule como voluntario de un Mengele demócrata, tal vez graduado en Harvard y hasta Premio Nobel a fin de que lo trate literalmente como una rata: "Asumo todos los riesgos de este experimento y declaro que libero de toda responsabilidad, incluso en relación con mis herederos y representantes, a la Universidad de Chicago y a todos los técnicos e investigadores que tomen parte en el experimento, y también al gobierno de Illinois, al director de la Penitenciaría del Estado y a cualquier otro funcionario. Renuncio en consecuencia a cualquier reclamación por daños o enfermedad, incluso mortal, que puedan derivarse del experimento". Es verdad que la investigación de enfermedades humanas no puede prescindir de voluntarios humanos. Del mismo modo que las conductas entre primates no debieron ser trasladadas a las de las hembras humanas para sostener capciosas teorías misóginas. Pero las estructuras biopolíticas, cuyo paradigma es para Agamben el campo de concentración como laboratorio privilegiado para reducir la vida a muerte en vida, o muerte en muerte, en nombre de una potencial vida futura, de sacrificar a determinada raza en la sustracción de otra a enfermedades mortales, siempre buscan sus VP entre aquellos en donde lo sagrado de la vida ha sido hecho para saltar con un eject al mismo tiempo totalitario y ejemplificador: locos, delincuentes, discapacitados, homosexuales y mujeres.

No hace falta el cadáver o la face experimental con riesgo de muerte impuesta a aquel a quien la polis no considera como perteneciente a su interior para que el orgasmatrón forme parte potencialmente del mismo dispositivo de vigilancia y control soberanos. Los sobrevivientes de los campos de concentración argentinos han dado testimonio de cómo la tortura excedía su función utilitaria: obtener información. Y así como no puede considerarse al orgasmo obtenido mediante el orgasmatrón como mera descarga neurológica, el dolor infligido por la tortura tampoco revisa esa especificidad. Ya Freud habló de los umbrales entre dolor y placer, de los cruces entre dolor psíquico y físico. Así como el dolor en un enfermo que sabe que tiene cáncer es indiscernible del sentido de ese dolor, el dolor de la tortura no es solamente físico sino que incluye –de ser una experiencia repetida, en lugar del reconocimiento de una situación atroz pero donde la memoria puede incluso registrar que se la ha sobrevivido antes y las estrategias de resistencia que han probado su eficacia aun en una lógica vivida como ilógica– el terror al aumento del voltaje, a nuevas amenazas y chantajes incalculables, el imaginario del propio cuerpo supliciado como capital de muerte a través del conocimiento de domicilios y acciones de compañeros. Porque lo que está en juego allí es un poder que busca poner a alguien fuera de sí en un dominio totalmente ajeno donde ninguna negociación disminuirá la desigualdad ante los que se entronizan como amos de la vida y de la muerte hasta prohibir el suicidio o disponer la salvación a dedo. Si potencialmente el orgasmatrón no hace más que contribuir al imperativo totalitario de gozar como bien supremo en el interior de dispositivos que, lejos de escapar al control social, provienen de éste –descubrirlos, describirlos y desmontarlos fue la sabiduría de Foucault– o a lo sumo, de abaratar sus costos, puede constituir un ocasional éxito de mercado, de espaldas al psicoanálisis y a la sexología pero no al perro de Pavlov, como instrumento represivo podría alcanzar la sofisticación de violentar a la víctima precisamente en su espacio inalienable al aumentar su sometimiento por la vía contraria al dolor, permite convertir al enemigo en el agente de su goce.

La resistencia de las mujeres a ingresar como voluntarias en la investigación del viagra quirúrgico y del orgasmo a gatillo, llamado orgasmatrón, indica en su aspecto más banal la dificultad de ellas para reconocerse con problemas para obtener un orgasmo, aunque muchas legas sepamos en forma autodidacta que quizá simplemente no encontraron ni la escena ni el partenaire adecuados. En el menos y hasta épico sugiere la lucha para que no caiga el más sólido bastión del sexo femenino: el que no se pueda nunca probar si una mujer finge o no. Y no faltará la perra que luego de hacerle gastar 13.000 dólares al marido, sufra el posoperatorio del implante, y luego, mediante alguna práctica oriental, logre fingir que el orgamastrón "a mí no me hace nada" y corra a encontrarse con su amante.

RAMOS GENERALES

El camino de Olga



Durante meses Olga Villalba guardó en su casa un rollo de fotos sin revelar. Eran las fotos de La Dársena, ese monte santiagueño donde había aparecido el cuerpo de Patricia, su hija más chica. Aquel día, justo un mes después de la fiesta de reyes, habían llamado a su casa para avisarle que dejara de buscar a Patricia, que había aparecido, que su cuerpo estaba atado, tendido boca arriba, muy cerca de los restos de huesos de alguien que más tarde sería reconocida como Leyla Bshier Nazar. Así de sopetón, Olga apareció en la causa de La Dársena, la historia del doble crimen que desenmascaró a una de las organizaciones más siniestras de la provincia de Santiago del Estero.

Nueve meses después de las muertes, Olga se acercó al juzgado de La Banda con el rollo de fotos recién revelado. No se lo había dado a ninguno de los tres jueces que habían llevado adelante la investigación. Recién ahora los cedía. Se los cedía a María del Carmen Bravo, la jueza que había decidido meter en prisión a uno de los policías denunciados como represores en el Nunca Más, que era el jefe del aparato de inteligencia de Santiago y que además había sido quien ordenó la ejecución de Patricia.

Hasta el día de esa muerte, Olga no conocía al comisario ni las historias de horrores denunciadas por cada una de sus víctimas. Sólo tenía a una hija muerta. No sabía por qué, no sabía quiénes. Sólo sabía que Patricia trabajaba en una verdulería, que era puntual con su trabajo, que esperaba sentada sobre una vereda cuando llegaba temprano y que cada vez que se iba a pasear o a una fiesta se lo decía. El 6 de febrero no volvió. Seis horas después apareció muerta. Olga buscó un abogado por todo Santiago del Estero. Nadie quería patrocinarla en la investigación. Un día le hablaron de un tal Luis Horacio Santucho, fue a verlo. Luis Horacio la escuchó y aceptó la causa. Más tarde explicó los motivos: "Me conmovieron las lágrimas de Olga", contó.

En esos meses, esa mujer pasó de las lágrimas a llevar adelante las marchas del silencio, los cientos de caminatas que terminaron haciendo explotar el caso y desnudaron la crisis orgánica e institucional de la provincia. Olga empezó caminando en las primeras filas con una pancarta donde sostenía la cara de su hija. Ahora también lleva la pancarta pero mientras alguien empuja su silla de ruedas. Con esa silla, producto de su misma historia de fatiga, motoriza cada uno de los escraches contra el ex comisario. Ahora sabe quién es, quién fue y los piedrazos que le lanza no son sólo por la muerte de su hija.


MINA EN 1966.

nacida para cantar y bailar

MUSICA Concentrado de talento y energía, Elena Roger fue la protagonista de *Los miserables* y acaba de cerrar la temporada triunfal de *Jazz Swing Tap*. Pero no se toma vacaciones: la semana próxima presenta un show de tributo a Mina, la mítica cantante italiana, en el teatro El Nacional.

POR MOIRA SOTO

El sábado pasado, después de entrevistarse con **Las/12**, Elena Roger hacía la última función de *Jazz Swing Tap*, el suceso musical de este año que coprotagonizó junto a Sandra Guida y Diego Reinhold, al frente de un numeroso ensamble. Desbordante de energía, humor y ritmo, esta pelirroja de ojos clarísimos no para de trabajar desde que en 1995 fue elegida por Pepe Cibrián para actuar en *El jorobado de París*. Incansable y creativa, Roger presentará los próximos 11, 12 y 13 de diciembre, a las 21, en el Teatro Nacional, *Mina... che cosa sei?!?*, un tributo a la legendaria cantante italiana que –sobre una idea propia– escribió con Valeria Ambrosio (escenógrafa de *Jazz..., Tanguera, El violinista sobre el tejado*), a su vez a cargo de la puesta en escena. La dirección musical es de Gabriel Goldman, los decorados de Ana Repetto, las luces de Sandra Pujía y el vestuario de Julio César y Matías Begni.

El hermano y la hermana mayores ya estaban estudiando guitarra cuando le tocó el turno a Elena de elegir: "Quería ir a baile y por suerte me pudieron mandar. Y un año que dejé porque la profesora viajó, me salía de la vaina, imitaba a Julio Bocca en el patio. Mi mamá entendió que yo no podía estar sin bailar, me buscó otro lugar y retomé. A los 12, empecé con una profesora que enseñaba tap, español, clásico, gimnasia jazz, como se decía entonces... Ella, Marcela Avila, me dio la base de todo. Tenía un instituto en Ciudadela y no sé cómo cayó en Barracas, que es mi barrio, donde sigo viviendo, en la calle Jovellanos, a cuatro cuadras del Puente Pueyrredón. Sí, los tengo ahí todo el tiempo a los piqueteros, pero por suerte me toca ir siempre para el otro lado..."

Aunque feliz con el baile, a Elena le tiraba también el canto y, por ejemplo, hacía por su cuenta las coloraturas de *Amadeus*, película que veía una y otra vez en video. Un tío la escuchó y opinó que tenía condiciones. Siempre dispuesta, la mamá la anotó en el instituto Silvestre del barrio, donde el tío Fausto Danesi había aprendido el bandoneón: "Empecé a estudiar ópera, me daba mucho placer. Es más: gané el viaje de Feliz Domingo. Fui con unos jeans, una remerita, me llevé un grabador para que me diera la tonalidad del aria de *La Sonámbula* de Bellini, y finalmente canté a capella. Después abrí el cofre y me llevé a mis amigos a Bariloche".

Al terminar la secundaria, Elena Roger, como era buena en Matemática, se planteó seguir Ciencias Económicas, pero se le rompía el corazón ante la idea de dejar el canto y el baile. Y decidió seguir en lo que ya estaba, pese al trago amargo de ser bochada en la escuela de canto del Colón. La madre de Elena, como de costumbre, sacó otra posibilidad de la manga: el Conservatorio Manuel de Falla. Allá fue la adolescente y estaba cursando el segundo cuando la hermana oye por la radio que Pepe Cibrián llama a audiciones. Elena ya estaba canchera en esto de probar suerte: hasta se había presentado en el Maipo, "donde, como sabés, las bailarinas tienen pinta de vedettes, altas y con muchas curvas, y yo, menuda y de 1,50. Pero sabía que me estaba fogueando y algún día me iban a tomar". Efectivamente, Pepe la tomó después de un mes de audicionar. Desgraciadamente, ese primer trabajo no duró lo esperado, aunque fue una experiencia enriquecedora. "Lloré tanto cuando terminó. Aparte de ser mi debut, había conocido a mi novio ahí, el primer artista, con el que estuve años. De esa obra me quedaron muchos amigos que sigo viendo. Me fascinó hacer comedia musical, me ayudó a vencer mis inhibiciones, a sacar de mí la energía." Después, Elena Roger hizo con Cibrián una versión de cámara de *Drácula* para colegios y giras por el interior. El verano siguiente, estuvo en *La fiesta del año*, en Punta del Este, también con Pepe que la recomendó a Chico Novarro para *Yo que tú me enamoraba*, show que representó en el Paseo La Plaza. Sin tomarse un respiro, Roger pasó a la comedia musical *Nine*, con Luz Kertz, Juan Darthés, Sandra Ballesteros. El paso siguiente fue la audición de *La Bella y la Bestia*: "Me aceptaron y la pasé genial, aunque algunos decían que era una producción McDonalds".

MISERABLES Y VIOLINISTAS, PERO SIN CABARET

–En el 2000 te llegó la hora de un gran protagónico.

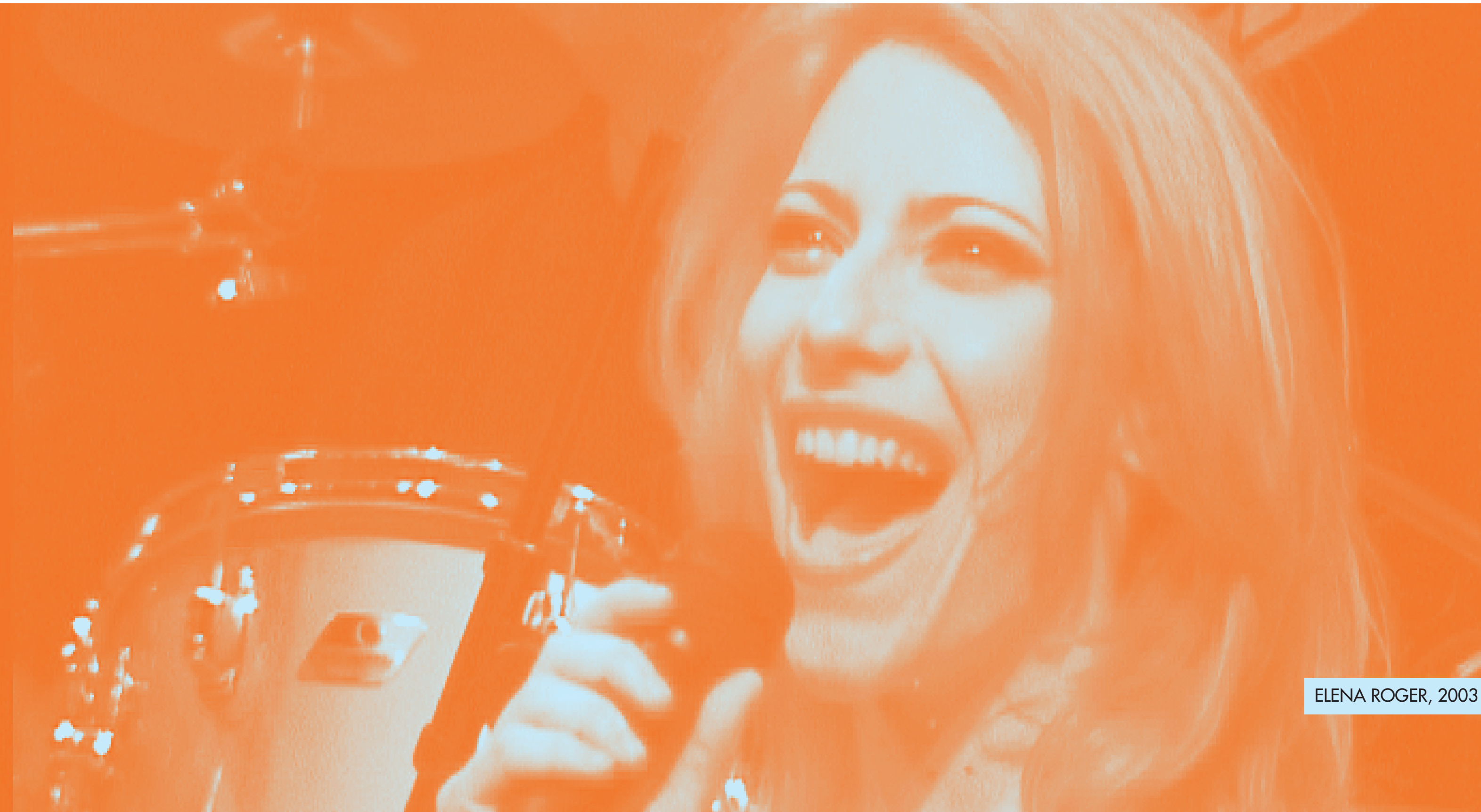
–Sí, el primero. Una obra muy fuerte, muy emotiva, muy exigente para la actuación. En realidad, yo me presenté para Eponine. Y en la primera audición dijeron: ah, muy bien, pero Fantine. Que también es un personaje muy lindo, aprendí a quererlo mucho. Ahí encontré mi veta dramática, porque yo siempre era muy jodona, siempre me aflojaba con el humor, lo cómico. Entendí que podía abordar el drama, aunque sigo pensando que es más difícil el humor: encontrar el tono justo, el tiempo preciso para los gags. Aprendí que no es necesario moquear para trasmitir ciertas emociones dolorosas, menos aún si estás cantando. Yo creo que arriba del escenario, con buenos directores, experimentando, es donde más aprendés. Por supuesto, ir a estudiar teatro, hacer talleres está muy bien. Pero cuando subís al escenario todos los días, es impresionante lo que te da esa práctica. Bajó *Los miserables* y siguió *Fiebre del sábado por la noche*, que no estuvo tan bien.

–Después tuviste la gran decepción de que se cayera *Cabaret*, que también ibas a protagonizar.

–Continué con *El violinista sobre el tejado*, me dieron un personaje pequeño: la abuela en el sueño. Pero apareció *Cabaret* y empecé a audicionar para esa obra e intenté dejar *El violinista*. Salí de *Vivitos y coleando* de Midón porque me pareció que el rol de Sally Bowles era demasiado importante para hacer paralelamente un infantil. Bueno, me iba del ensayo de *El violinista* a probar el vestuario de *Cabaret* al Opera. Más que contenta. Pero se cayó este proyecto. Ay, no sabés. Me quería morir, qué desilusión terrible. Por suerte, no nos habían dejado renunciar en *El violinista*, pero yo ya había perdido mi papel y me quedé como ensamble todo el año 2002. Entretanto, Enrique Pinti repone *Mi bello dragón* en el Maipo, con parte de La Banda de la Risa, y ahí estuve y fue un disfrute con gente divina. Con la que volví a encontrarme en el 2003 para hacer un reemplazo en *El Pelele*.

–¿Cómo viviste el pasaje del canto lírico a la comedia musical que algunos consideran un subgénero?

–Sí, ya sé, dicen que es un género menor, sin pensar que hay musicales extraordinarios, y además para interpretarlos hay que saber hacer bien tantas cosas. A mí siempre me encantaron las películas de Gene Kelly que se miraban en casa, que me acercaban al baile, a la música. El es mí único ídolo. En el conservatorio cantaba composiciones de cámara, pero cuando entré a *El jorobado*, conocí a este chico, que había ido al Belgrano Day School, donde hacen musicales, y me mostró *Miss Saigon*, *Los miserables, Sunset Boulevard*. Aprecié mucho estas obras, yo soy muy abierta para la música. Después pude ver algunas en Londres y Broadway.



ELENA ROGER, 2003

DEL SWING A MINA, SIN ESCALAS

A Diego Reinhold –actor, bailarín, cantante con duende– Elena Roger lo conoció en *Hotel Oasis*, la pieza de Hugo Midón para adultos, después lo vio en *Huesito Caracú*, siempre cautivada por su estilo y su talento. De modo que "fue bárbaro encontrarnos en *Jazz Swing Tap*, una química espectacular, creo que eso se trasmite. La hemos pasado muy, muy bien. Y cuando me surgió esto sobre Mina, cuya primera presentación la hice en el BAC, a comienzos de octubre, tuve que moverme aceleradamente. Le pedí ayuda, participación a Diego, que me diera el pie para ligar algunas canciones. 'Yo toco el saxo', me dice él. 'Bueno, dale. Y en algunos temas podés cantar'. Trabajamos el guión con Valeria Ambrosio. Y de un brainstorming surgió este espectáculo. En su primera presentación gustó mucho, creo que salió algo muy copado. Ahí pensamos en darle continuidad para hacerlo algunas veces antes de fin de año, y ver si en el 2004 podíamos mostrarlo formalmente. Ni soñábamos con el Nacional, pero Valeria le mostró el video a Romay y le gustó."

–¿Cuándo y cómo aparece Mina en tu horizonte?

–Al hacer *La fiesta del año* en Punta del Este, conocí a Valeria Ambrosio, de familia muy tana. Ella me hace escuchar un día un par de canciones –*Insieme* y *Non crederle*– por Mina, que me maravillaron. Fui conociendo más material, cada vez más entusiasmada. Un chico que hacía vestuario tenía unos cinco o seis compacts y le pedí que me los grabara. Yo desde chica soñaba con hacer un show cantando canciones en italiano. Cuando estaba en *El violinista...* le cuento a Valeria que tengo ganas de hacer algo mío, personal. Como se me había caído *Cabaret*, ya me daban ganas de sacar un poco más la cabeza. Vale me dice: "Y yo quiero empezar a dirigir". Nos ponemos a hablar sobre un espectáculo de canciones en italiano, que incluía algunas de las que había hecho Mina. Pasa el tiempo y se me ocurre: ¿y si hacemos todo de Mina? Me junto con un músico amigo, Gaby Goldman, para seleccionar temas. Fuimos viendo distintas canciones de distintas épocas, estilos diferentes. Cuando surgió la propuesta del BAC, pensamos que un concierto, una canción tras otra, no era lo mejor para homenajear a esta gran cantante. Yo no tengo la voz de Mina ni canto igual que ella, hago mi propia versión. Aparte, los temas con los que nos habíamos quedado eran muchos y resultaba imposible cantarlos enteros a todos. Entonces armamos un popurrí con distintos grupos de canciones, fue aflorando una línea interna narrativa, una llevaba a la otra y cobraba un significado esa unión. Uno de los popurrís que hacemos con Diego, incluye *Questa sera sono qui*, *Un baccio é troppo poco*, *Penso a te*, *Mi ritorni in mente*, que cambian si se las canta fragmentadas y unidas, se producen preguntas y respuestas. En realidad, todo está dentro de la cabeza de este personaje mío, esta cantante. Es mi imaginación en marcha: Diego (que se parece a Lucio Battisti, autor de canciones muy lindas que hizo Mina), los músicos, salen de allí. Es una chica que sueña que está cantando en un concierto, que admira mucho a Mina. Cuando vos escuchás una canción con la que te identificás ¿cuántas situaciones, imágenes se te pasan por la cabeza? Yo, personalmente, empiezo a volar y a veces hay una sola palabra que me vibra en una zona que a lo mejor no está relacionada con lo que quiso decir el o la cantante. Esto es, llevado a cierto extremo lo que le ocurre a esta chica: las canciones dialogan entre sí y la expresan. El show no intenta contar la biografía de Mina, pero hay referencias, alusiones a esta artista tan adelantada a su época, que ha seguido haciendo discos maravillosos desde 1978, que se retiró de las actuaciones públicas. A los amantes de Mina no hay que explicarles nada. Y los que la conocen menos, podrán entrar en contacto con temas divinos, muy diversos, que se han vuelto clásicos, porque ella tenía un oído y un olfato muy finos en el campo de la música popular.

YO, PECADORA

La soberbia

Tildar de soberbia vana a la manera en que Rolando Graña, en ocasión de tratar el caso de Romina Tejerina, llevó adelante sus intervenciones el martes pasado en *Pabellón 5* (el ciclo de América que indaga sobre crímenes y criminales) sería a todas luces una suerte de acto de justicia si no subyaciera algo un poco más relevante. Recordemos que Tejerina está detenida desde el 23 de febrero, cuando se descubrió que había asesinado a la hija que gestó, en secreto, tras ser violada por un vecino. Una noche, el hombre la sacó de un baile, la metió en un auto y la violó. Ella no presentó la denuncia por el mismo motivo que muchas mujeres de pueblos pequeños y machismo grande callan: por vergüenza y sometimiento. Ella mató a su bebé porque, dijo, miraba su rostro y veía el del violador, que seguía viviendo en la casa de al lado como si nada. Tejerina a sus 19 años está presa (y sin gozar de todas las garantías ni la contención psiquiátrica que necesita), y allí fue Graña, a entrevistarla. En el mismo programa, se daba lugar a la palabra de los violadores (nos queda una duda: si en los asesinatos el crimen no implicara la desaparición de la faz de la tierra de la víctima y fuera posible contar con su presencia, ¿también harían un programa con víctimas y victimarios?). En la alocución que cierra cada envío, Graña dio lugar a algunas de sus inquietudes: "¿Por qué –se preguntó– violan los hombres?" Los especialistas, aclaró, argumentan que puede ser por resentimiento, o por la necesidad de reparar algún maltrato anterior. Lo cierto, continuó, es que "con la violación, salvando las distancias entre víctimas y victimarios, en los dos se rompe algo, los dos pierden un brillo". He aquí la veta de ignorancia en su estado más puro: equiparar (nombrar la distancia no la salva) a víctima y victimario es desconocer que toda violación (o abuso, o violencia psicológica) implica una relación de poder, que se trata de situaciones de humillación (que, en algunos casos, puede haberse larvado con el tiempo, en una relación previa) en las que se somete a una mujer para enajenarle, con esa acción violenta, su estatuto de persona: se desconoce que pueda tener voluntad y deseo propio para imponerle el deseo ajeno. Entonces, Rolando, darling, ¿de qué brillo en los dos estamos hablando?





TEJIDOS Y TRAMAS

RESISTENCIAS En la villa 31, un grupo de mujeres se organizó en cooperativa para actualizar un saber milenario –el tejido, a dos agujas o al crochet– y convertirlo en recurso para hacerle frente a la miseria. Un año después, ya están pensando en exportar sus productos a casas de moda europeas.



FOTOS: PABLO PIOVANO

POR SONIA SANTORO

Tenemos que aprender a hacer los círculos porque estas chicas les ponen círculos por todos lados.

–¿A máquina?

–No, con dos agujas.

Sentadas en sillitas de jardín de infantes, detrás de un mate cocido, las mujeres de la villa 31 se pasan los secretos para hacer que los puntos queden parejitos, que la costura no se vea, que los ojales no se desarmen. Pero, sobre todo, tejen y tejen porque el tiempo apremia y a ellas les pagan por prenda terminada. El tejido no sólo les permite sacar unos pesos para ir tirando, las ha reencontrado con un oficio que aprendieron casi antes de saber escribir su nombre. Quién sabe todas las cosas que se tejen cuando estas mujeres hacen sonar las agujas. Formalmente, dicen que tratan de afianzar el estilo para que sus prendas sean reconocidas en el mundo entero sin necesidad de leer "Artesanas de la 31".

El jueves es día de reunión para las 20 que forman la Cooperativa de Mujeres Artesanas de la 31 (4824-3294). Ahí está Gabriela Irusta con sus 54 años ocultos detrás de un flequillo negro. Se separó hace 11 años y hoy vive con los cinco nietos de una hija que está presa. Los dos más chicos son mellizos de un año y siete meses con tantas ganas de corretear y poner el dedo en todo objeto que esté a la vista que Gabriela sólo puede esperar a que se duerman para agarrar las agujas. Así y todo, insiste porque está cerca de cumplir su sueño.

–Me acuerdo que cuando tenía 11 años empecé a tejer con mi abuela en Jujuy –cuenta–. Y después miraba cómo tejían en la escuela. Y como a mí me gusta el tejido, más al crochet, empecé a hacer cortinas, manteles, cubrecamas. Siempre era mi sueño tener un grupo de gente y tener mi propio taller de tejido, mi máquina. Yo tenía mi máquina y cuando vine de Jujuy la perdí y no me la pude comprar más.

Las mujeres se han juntado para charlar sobre la manera de hacer que la cooperativa siga funcionando a pesar de los problemas, que a ninguna le faltan. Esa reunión de capacitación está a cargo de Emma Almirón, una mujer suave pero decidida, que en los 70 había trabajado con el padre Mujica y que durante la crisis del 2001 detectó que había muchas mujeres que sabían tejer y que debían capitalizar ese saber. La reunión tiene la función de que puedan apuntalarse mutuamente. Hay cuestiones que las unen más allá de que recién en ese espacio se den por enteradas: hijos que se van a la calle, maridos desocupados, sostener el hogar, la violencia doméstica. Pero también, dice Almirón, se las capacita en ciertos valores: "Acá estaba todo muy fragmentado por toda la historia de los políticos, de las migajas, de la beneficencia. Y la idea era que ellas iban a manejar la cooperativa, que la cooperativa es de ellas y eso lo tienen muy claro. Y se van formando al mismo tiempo que van trabajando. Por eso están con polenta, porque ven que pueden crear algo diferente y sacar esta idea del fatalismo, de la miseria, de estar inmóviles frente a toda la situación que los oprime constantemente". Almirón es de esas mujeres que en su vida hicieron un santa clara pero tiene amigas que tejen estupendamente: Susana Milstein, Marta Bonadeo e Inés Biedma. Con su ayuda como maestras pero también como contenedoras, se puso en marcha la producción. La presencia de Vicente Barros, del Instituto Movilizador de Microemprendimientos, fue decisiva para armar la cooperativa desde el punto de vista legal. Así que pronto se pusieron a trabajar.

Al principio no fue fácil. "Con el trabajo todo se va superando, las dificultades se van canalizando, les permite salir de la oscuridad a la luz. La situación pasa no por hacer tantos comedores sino por fortalecernos entre varios e ir a las causas que provocan la miseria, concretamente, dar trabajo. Eso fortalece y recupera a las personas", dice Almirón.

Casi desde el comienzo, hace dos años, María Antonia García se sumó al grupo. Es la única que viene desde afuera: Lanús. Desocupada desde hace 3 años, hoy la mantiene su hija de 20. García siempre tejió para la familia, pero nunca se animó a vender sus pulóveres. En la cooperativa no sólo le hicieron ver que lo que ella hacía podía interesar a alguien sino que se perfeccionó: aprendió a hacer costuras invisibles y a tejer al crochet.

–No está bien pago pero no me queda otra, además tengo la ilusión de que podamos exportar –dice.

Con exportar sueñan casi todas porque lo que se gana por tejer acá es muy poco. Lo máximo que han llegado a cobrar por un pulóver es 20 pesos, cuando por más sencillo que sea no puede llevar menos de dos días de afilar agujas y aguzar los ojos.

El primer trabajo de la cooperativa fue para la diseñadora Mary Tapia, que lo vendió a la firma italiana *Fatto a Mano*. Ahora trabajan para Alejandra Polito, Yamile Curi y Alejandra Usandivaras, dueñas de la casa de ropa para chicos *Trupa*, que venden en los exclusivos locales de *Quitapesares*, *Purodiseño* y *Mínimo* y en algunas ferias de diseño. Tienen una propuesta de una empresa local. Y ya ha surgido esa posibilidad tan ansiada de tener una conexión internacional directa. El empresario Roberto Celentano va a poner un negocio en Madrid y les propuso que lo abastecieran de ropa artesanal de lanas de oveja, llama y alpaca.

Elsa Quinteros está tejiendo unas muestras de hilo para el verano. Manipula ese hilo rojo con velocidad y precisión que sorprenden. Revoloteando a su alrededor anda su hijo Pedro Emilio, de 4 años, encapuchado con una camperita celeste de puntos exóticos. En Cochabamba, Bolivia, Quinteros trabajaba con un grupo de mujeres que exportaban a Alemania. Hace dos meses que se integró a este grupo con la esperanza de aportar para el tratamiento de su hijo, que está enfermo de leucemia.

Los hijos están siempre presentes, porque los han traído a la reunión, porque los dejaron en la escuela y aprovechan esas pocas horas para trabajar, porque se enferman y no les dan respiro o porque, simplemente, no quieren que trabajen. Patricia Cabezas, por ejemplo, hace cuatro años que dejó Tupisa, Bolivia, para instalarse en la villa 31. Tiene 24 años y tres hijos. El año pasado había empezado a tejer en la cooperativa, pero tuvo que dejarla cuando sus hijos cayeron enfermos.

Hace apenas dos semanas, junto a su amiga María Rosa Salazar, se está tratando de integrar al grupo. Por el momento, están tejiendo para sus hijos mientras van formándose un poco más y aprendiendo qué es lo que piden los diseñadores. Jujeña la primera, boliviana la segunda, comparten la escuela de sus hijos y las ganas de volver a su lugar de origen. Pero la certeza de que allá van a estar peor que acá las impulsa a buscar salidas en el barrio.

Como ellas, de vez en cuando alguna mujer se asoma con pudor a esa puerta que permanece semiabierta porque se enteró del trabajo y rescató aquella vieja aguja de cuando era común pasarse la tarde tejiendo y mirando novelas. En esos encuentros comparten la actividad, se ayudan entre ellas a tejer mejor; cuando viene trabajo y no se sabe el punto las que más saben les enseñan a las novatas. O alguna que les ha enseñado a su marido y a su hijo a enredarse entre las lanas sin prejuicios para tejer tan bien como ellas una producción más abultada. "La idea fue también que las mujeres no salieran de la villa para que pudieran contener a los chicos en la casa", cuenta Almirón.

En teoría, la cooperativa se sostiene con el 5 por ciento de lo que se cobra por los trabajos, aunque por el momento, lo que ganan no les ha dejado resto. Hacen tejido a dos agujas, a crochet y a máquina (aunque tienen sólo una). A cada tejedora se le entregan entre 10 y 15 prendas para hacer en un determinado plazo y, una vez hecha la entrega, se cobra el trabajo. "Cuando es un trabajo así mayor ves toda la plata junta y te rinde. Hacer un pulóver por encargo no te sirve", explica García.

Hasta el momento, los diseñadores les han entregado la materia prima para poder empezar a tejer, pero ahora que van a vender su propia marca necesitan financiar la producción. Por eso, además de la difusión que les ha dado la prensa, que fue mucha, necesitan apoyo de otro tipo. Irusta, que es la secretaria de la cooperativa, habla de la necesidad de tener un lugar propio.

Cómo no recordar aquí a Virginia Woolf y su ensayo *Un cuarto propio*, producto de una conferencia que dio a fines de los veinte sobre las mujeres. Allí, la escritora hablaba de la necesidad de las mujeres de tener un espacio físico propio y dinero con el cual sostenerse económicamente para poder dedicarse a labores creativas. Al final, decía: "Así, cuando les pido que ganen dinero y tengan un cuarto propio, les estoy pidiendo que vivan en presencia de la realidad".

MONDO FISHON

¿Quién quiere ángeles?

Fue un clamor el que se escuchó en esta redacción mientras en **Las/12** se pasaban las páginas de diversas revistas de moda: ¿Acaso la vida termina a los 20? ¿De dónde sacan esos modelos casi púberes, con menos pelos en el pecho que cualquier mujer depilada? ¿Es que hasta las revistas de moda están pensadas para ellos, sea cual sea la elección del objeto sexual que hagan ELLOS? Lo mismo sucede con ese canal narcótico en el que se suele caer de madrugada, haciendo flamear la bandera blanca frente a la música dance y los cuerpos esbeltos de chicas que seguro –pero seguro, seguro– están tan tristes como los niños ricos. Se trata de Fashion TV, por supuesto, donde desde no hace mucho se han empezado a presentar books de modelos varones que evidentemente están dirigidos a otros tantos varones. No es que no nos guste ver cómo se arquean los muchachos en cuestión usando sus manos como dos patas más mientras un líquido que se supone agua cae sobre sus bocas. ¿Pero no sería mejor que al menos parecieran mayores de edad? De ese modo estaríamos a salvo de culpas incestuosas e incluso se podrían avivar las fantasías de tantas féminas habituadas a bufar cuando el zapping se detiene en el FTV como si estuviera hipnotizado. Además, habiendo un Clint Eastwood, un Sean Penn, por qué no un Ciro Pertusi y hasta un Peteco Carabajal, por citar un arco amplio de hombres de pelo en pecho que bien podrían mostrar las camisas del verano y de paso convertirse en regalito para las fantasías femeninas sinceramente hartas de que la belleza masculina sea sólo gay o pura como los ángeles. ¿Qué tal unas cicatrices de vez en cuando? ¿Qué tal enorgullecerse de tantos caminos recorridos? Eso de la androginia está muy bien, pero ojo con nivelar para abajo que la vida, lejos de terminar a los 20, es cada vez más larga. Igual que el deseo, distinto de los cuerpos, siempre cambiantes.



CHIVAS REGAL



Cuidado al sol

En nuevos envases que protegen el producto durante mucho más tiempo –evitan que el oxígeno penetre y lo corrompa–, Basic Line presentó su línea solar con protectores moderados o altos y gel refrescante para después del bronceado con aloe vera. Además hay tres variedades de Sapolán: con crema de zanahoria, aceite de coco y aceite de aloe vera para humectar la piel. Son todos productos de fabricación nacional.



Combos chic

Créase o no, va llegando el tiempo de pensar en los regalos navideños, y para facilitar las cosas, Givenchy ha preparado esmerados y completos coffres de productos para hombres y mujeres amantes de sus fragancias. Entre las promociones de regalitos para chicas, puede optarse entre el set de la clásica Amarige, Organza, Hot Couture, o Eau Torride (incluyen perfume, miniaturas y cremas, y oscilan entre los $ 143 y los $ 232); para los muchachos, están disponibles sendas versiones de Pi, Gentleman, o Givenchy pour Homme (se componen de fragancia, after shave y gel, y van entre los $ 128 y los $ 185).



Novedades blancas

La Serenísima presentó en sociedad Active, su leche funcional con CLA, un ácido que, según los expertos, ayuda a combatir las grasas y a tonificar la masa muscular, siempre y cuando se combine con un estilo de vida lo suficientemente saludable (una dieta balanceada y ejercicio). Es parcialmente descremada, tiene extra-calcio y está fortificada con vitaminas A y D. Viene en envases de 250 cc y 1 litro.

Y sí... llega Navidad

Y con ella los regalos ad hoc, que La Tirolesa, empresa dedicada a los combos de fechas particulares, ofrece en cajas de diseño italiano, bandejas con delikatessen, vinos y champagnes y otras combinaciones, para degustar y quedar bien.

ESCENA



Postales tangueras

La plástica, el teatro, el folklore, las danzas urbanas, el video, el sonido y la iluminación se integran con el tango en un espectáculo del grupo Tango Protesta, que, como su nombre lo indica, suele andar por escenarios disímiles como asambleas barriales, comedores populares, centros de atención de menores institucionalizados y marchas de la resistencia. Con un método de trabajo en el que el rol del director es rotativo, Postales callejeras, que así se llama el último show del grupo, cuenta con el subsidio a la creación de Prodanza.
Viernes y sábados de diciembre, C.C. Recoleta, Junín 1930, 21 hs. $7 y $5 para estudiantes y jubilados.

Amor y misterio

Marco Denevi, Marcelo Birmajer, Julio Cortázar, Luisa Valenzuela, Federico García Lorca y otras glorias hispanoamericanas fueron elegidos por Inés Bombarda y Alicia Landau para narrar sus textos en escena y crear mundos emocionantes, divertidos o misteriosos. El lugar elegido es un multiespacio en el que se pueden disfrutar también muestras de artistas contemporáneos o comprar prendas y objetos de diseño. Como si esto fuera poco también se puede recibir una sesión de reiki u otros beneficios de tantas técnicas milenarias como el feng shui.
Show: hoy a las 21, Francisco Acuña de Figueroa 1584, $10.



Historia inventada

El sello Buenos Aires Underground, que ha editado lo mejor de la música experimental e independiente –la que inventa su propia historia–, organizó el Primer Festival Buenos Aires Underground, con 23 conciertos, desde el 4 hasta el 18 de este mes. Recomendamos el 10, a las 19, Mariana Baraj Quinteto, el viernes 12, programa variado desde las 19 y hasta las 23.30, cuando cierre Ernesto Jodos Quinteto y el sábado 13, a las 22, Manolo Juárez y Gerardo Gandini.
Todos los conciertos son en Notorius, Corrientes 1743, 1º piso.

VENTILARSE

Agencia de viajes en Tramando

La agrupación musical Agencia de viajes presenta Sol de noche: sets de Nijensohn, Djjj, Leo García y Gustavo Lamas. La música comienza con la puesta de sol y seguirá relajadamente mientras se prenden las estrellas en el cielo y en el jardín, las mechas de los soles de noche.
El lunes 8 de diciembre (día de la virgen) a las 20 horas. Gratis.
Rodríguez Peña 1973, si llueve se pasa al martes 9.

TEVEO

El agujero



En su clásico ciclo de los miércoles a las 23, el próximo 10 de diciembre, I-Sat presentará una joyita del cine de autor, *The Hole*, una película taiwanesa dirigida por Miang-liang Tsai, en la que se cuenta la historia de dos vecinos atrapados en un edificio por una lluvia persistente y unidos por un agujero que abrió un plomero en el piso de uno y el techo de la otra. La relación que establecen y lo que cae irremediablemente en ese hoyo –para recuperarse después– hacen que nadie vuelva a pensar en el plomero.

LEO

El fusil y la blusa



Anita es la mujer de José Garibaldi, sobreviviente de un naufragio y revolucionario en las planicies de Rio Grande do Sul. Es la que sabe disparar el fusil y lavar su blusa y la camisa de su amante, la guerrillera, la mejor jinete. Y es el personaje de *Anita cubierta de arena* (Alfaguara), la última novela de Alicia Dujovne Ortiz que retoma el relato histórico uniéndolo a la pasión y la aventura.

Emily, según la hermana



Paola Kaufmann, investigadora en neurociencias y escritora, ganó el Premio Casa de las Américas 2003 con su libro *La hermana* (Editorial Sudamericana), en el que reconstruye la vida de Emily Dickinson desde el ángulo de la otra, la hermana, que hace de puente con el mundo puertas afuera al que Dickinson huía sistemáticamente. Es un relato directo, contado paso a paso, que reconstruye además de la vida de la poeta, un mundo de reglas agobiantes.

TE ESCUCHO

La Borda



La más bella voz

"Eras la luz del sol/ y la canción feliz/ y la llovizna gris/ en mi ventana..", canta Lidia Borda con su voz diáfana, finamente musical, que da la nota exacta a emociones hondamente evocadoras en su nuevo y esencial –para toda milonguera de ley, y también para milonguitas vocacionales– CD: *Tal vez será su voz*. Sí, es su voz dulcísima la que querrán oír haciendo tangos en los que hay quejas y dolor, incluso remordimiento, pero nunca rencor, denigración hacia la mujer como en tantos otros temas de la llamada música ciudadana. Inefables sus versiones de "Tu pálida voz" ("te vi partir, dijiste adiós./ Temblé de angustia y oculté el dolor..."), de "Yuyo verde" ("...y este llanto entre mis manos/ y ese cielo de verano/ que partió"), "Griseta" ("Francesita/ que trajiste pizpireta,/ sentimental y coqueta/ la poesía del quartier..."), pero Lidia, en la plenitud de sus recursos artísticos, nos mata, nos destruye, nos aniquila con "La noche que te fuiste" (...más triste que ninguna, palideció la luna"). Las grandes cancionistas de antaño, ya lo sabíamos, han encontrado a una hermana, una personal heredera que canta los clásicos con amorosa actualidad.



Sin título

“La obra tiene una vida que no puedo encerrar con un título (...) La obra existe por sí misma, la referencia de lo visual es sólo el espejo del encuentro”, dice Arnaldo Molinari Angeloni, artista peruano argentino que está exponiendo hasta el 9 de diciembre en La Fábrica, Ciudad Cultural, una serie de piezas en las que se puede advertir un clima actual, entre el miedo y la desesperanza, aunque el solo hecho de haber colgado sus piezas ya pone de manifiesto un rescate.

La Fábrica, Querandíes 4290, de 9 a 20, entrada libre.



Jane, la sufrida

Hoy es el último día para visitar la muestra de Jane Brodie, “artista esporádica argentina nacida en Philadelphia”, según la descripción de Gumier Maier, curador de la galería del C. C. R. Rojas. Su obra es tan desconcertante que en su historia dentro del Rojas se cuentan exposiciones barridas por el personal de limpieza, otras destruidas sin intención por alguien que ni siquiera llegó a verlas –era una ristra de corazoncitos de confite– y hasta fotógrafos que quedaron anonadados por no saber qué era lo que tenían que fotografiar. Esta vez, quizás a modo de reivindicación, se despide del espacio, literalmente, taladrándolo.

Centro Cultural Ricardo Rojas, Corrientes 2038, entrada libre.



Idilio

Tal era el nombre de la revista de Editorial Atlántida para la que Grete Stern (1904-1999) compuso sus fotomontajes surrealistas, Sueños, entre 1948 y 1952. Eran 150 originales que el Centro Cultural Recoleta promete mostrar completos, a pesar de que la editorial asegura conservar sólo 46. La de Grete es la "primera obra fotográfica radicalmente crítica de la opresión y manipulación que sufría la mujer en la sociedad argentina de la época y de la humillante consecuencia del sometimiento consentido –escribía Luis Príamo en una publicación del Fondo Nacional de las Artes en 1995–". Imágenes bellas, irónicas y nada compasivas que saludamos que se puedan volver a ver.

C.C. Recoleta, Junin 1930, del 18 de diciembre al 25 de enero. Entrada libre.

Amada amante

Hombres y mujeres abrazados, entrelazados, desnudos, en fotografías, óleos, transparencias, organizados a modo de laberinto para evocar esos paraísos que todos visitan de vez en cuando hasta que el desamor nos expulsa otra vez al desierto. De eso se trata la muestra "A través del espacio, amores amantes", de la chilena Iris Boeninger que, según sus propias palabras, pretende "crear un microclima para que la gente se conecte con su interioridad".

C.C. Borges, Viamonte esquina San Martín, de lunes a sábados de 10 a 21. $2.
Estudiantes y jubilados: $1.

TALK SHOW POR MOIRA SOTO



OTRA DIOSA VENGADORA

(O CUIDADO CON LAS CHICAS, QUE VIENEN BRAVAS)

Cuenta la leyenda que cuando las mujeres deciden vengarse, pueden ser mucho más tenaces y crueles que los varones. Quién sabe, todo depende del temperamento de las personas que optan por la revancha hasta sus últimas consecuencias. Lo que no se puede discutir es que la venganza fue el placer de muchas diosas, entre las cuales: Hera, que solía conducirse con cierto sadismo al tomárselas con las novias de su picaflor marido Zeus; Palas Atenea, que dejó ciego al voyeur Tiresias; Eris, la despechada que por no haber sido invitada a un ágape lanzó la desgraciada manzana de la discordia... ¿Y qué decir de Medea, la rencorosa maga enamorada que, movilizada por la traición de Jasón, primero le mató a la novia y después a los propios hijos de ambos (M Y J)?

Bueno, ahora tenemos en cartel a otra diosa vengadora, la larguirucha Uma Thurman que, más allá del modelo Bruce Lee y cierto cine de acción oriental, pone en evidencia en *Kill Bill* algo que se viene sosteniendo desde los ‘70: que las mujeres pueden quebrar el estereotipo de dulzura y pasividad si desarrollan su potencial físico, para lo cual resultan ideales algunas artes marciales (de origen japonés, chino, coreano) que, además de multiplicar la fuerza, confieren disciplina, concentración, coordinación, celeridad. E incluso acentúan un atributo que las mujeres poseen en mayor escala: la flexibilidad.

En esta especie de ensueño delirante vindicatorio, de sublimación exacerbada de los deseos de hacer justicia por mano propia (propios de cualquier mortal tirando a pasional), Cobra Negra (UT), con un pasado de asesina mercenaria experimentada, se reentrena en las citadas artes durante seis meses para llevar a cabo su desquite. Motivos le sobran: la novia Jeanne Moreau cuyo traje se había teñido de sangre en aquel film de Truffaut y entonces liquidaba uno a uno a los culpables de la muerte de su marido en el atrio de la iglesia, era una sobria, mesurada matadora al lado de esta rubia pateadora y rebanadora. Es que Cobra Negra puede alegar causales de más peso: en el día de su boda –con un buen hombre y deseos de vida nueva–, su jefe Bill y sus fieles secuaces mataron a todo el cortejo –novio, cura y organista incluidos– y golpearon y le dispararon a la novia embarazada, que perdió el bebé, quedó unos años en cama y –cuando comienza *Kill Bill, Volumen I*– despierta y pone manos a la obra vindicatoria. Como la protagonista de *Angel de venganza* (1981, de Abel Ferrara: una sordumuda violada que maquina y cumple minuciosamente una *vendetta* en los agresores, y en otros tipos que se le ponen delante mal), Cobra Negra avanza imparable. No hay nada que la detenga, salvo ciertos códigos de honor, algunos rasgos de humanidad. Y aunque en el arranque se alude al refrán –al que se le han atribuido diversos orígenes– “la venganza es un plato que se come frío”, la verdad es que nuestra vengadora mantiene caliente el recuerdo de la feroz masacre en la capilla.

Menos mal que a esta gran película la dirigió un tipo de culto como Tarantino, porque si la hubiese hecho una directora feminista, no quieran pensar lo que habría despotricado algún que otro comentarista local. Porque aquí, aun las peores villanas como O Ren (¡grande, Lucy Liu!) son más íntegras e interesantes que la mayoría de los personajes masculinos, algunos tan viles y miserables como el enfermero proxeneta y su cliente violador de chicas en estado de coma. Con sus duchas de sangre (¡nadie se acordó de Dario Argento!), sus cabezas y miembros seccionados, su ironía casi constante, Cobra se va cobrando sus deudas (llega el *Volumen 2* en marzo) y desacredita para siempre a las trémulas damiselas a la espera del macho salvador. En cuanto a Tarantino, logra lo que Arthur C. Danto llama *La transfiguración del lugar común* (Paidós, Estética 2002) al efectuar con el cine de artes marciales y otros géneros populares una operación equivalente a la de Andy Warhol con las latas de sopa Campbell o las cajas de Brillo. Al decir de Danto: “Lo que las obras de arte siempre han hecho: exteriorizar una forma de ver el mundo, expresar el interior de un período cultural, ofrecerse como un espejo en el que atrapar la conciencia de los reyes”.

solos y solas


ADRIAN PEREZ

TEATRO Como parte de una experiencia de teatro semimontado por parte de directores argentinos sobre autores alemanes, Inés Saavedra puso en escena una obra coral que borra las distancias entre un país encontrándose en un (no)lugar común: la soledad.

POR MARIE KATHARINA WAGNER

Pensamos en un lugar que no es un lugar, un lugar inhabitable, una suerte de 'no-lugar'. Y en ese momento yo sabía que estaba todo ahí en el recibidor. Ese lugar tiene una identidad pero no la tiene –como los cinco personajes– y muestra perfectamente la ilusión de intimidad que encarnan, porque se sienten solos, pero en realidad están vistos por todo el mundo." El no-lugar es el hall del Instituto Goethe, que fue elegido por la directora Inés Saavedra para su puesta en escena de la obra *El pan de cada día*, de la dramaturga alemana Gesine Danckwart.

Cinco solteros, tres mujeres y dos varones, ocupan (pero no habitan) el recibidor del instituto mientras el público se encuentra ubicado en la contigua sala de teatro, observándolos durante un día cotidiano de sus vidas, desde que se levantan hasta que termina la jornada laboral. A primera vista parece un piso compartido por cinco adultos: están todos juntos ahí en el "escenario" –haciendo café o preparándose para el día– pero los personajes no interactúan entre ellos, no se relacionan con los otros, "en esta obra no hay encuentros", dice Saavedra. Los tímidos intentos de conversar con otras personas fracasan por el miedo al desengaño, por lo cual los cinco siguen hablando solos, enunciando largos monólogos llenos de amargura. "La primera imagen que se me ocurrió cuando leí el texto era mi hijo a los tres años cuando iba al kindergarten", recuerda la directora. "Los chicos estaban juntos, pero no jugaban entre ellos, cada uno jugaba por su lado. Es el comportamiento que después vuelve en la pubertad, cuando te concentrás en vos mismo, no podés relacionarte con otros y lo que más te cuesta es compartir tus pensamientos. Yo quería que los actores actuaran exactamente así, como los chicos en el kindergarten, por eso les traje un video de mi hijo a los tres años, para que copiaran el comportamiento."

Danckwart compuso en realidad cinco voces, más que cinco personajes que narran, desde distintas perspectivas, la misma frustración. "Hablan del vacío de las relaciones, el vacío del sistema capitalista", explica Saavedra, quien escogió esta obra dura (dado que "en ningún momento ellos están felices") porque le fascinó el ritmo atrapante de la lengua que emplea Danckwart. Un ritmo característico de las modernas obras alemanas, que a ella la afectan de una manera bastante especial: "Hay algo en la dramaturgia alemana que me traslada a la atmósfera de un recital de rock'n'roll, es como si el cuerpo no suportara tanta información. Necesitás parar, aplaudir y tenés ganas de abrazar a los actores y estás agradecido porque te han dado la posibilidad de repensar tu vida, que se refleja en los personajes".

Aunque la argentina nunca habló con la alemana ni está en contacto con ella ahora, siente fuertes lazos y similitudes que se manifiestan más que nada en el estilo de presentar los personajes que Saavedra considera femenino: "Hay algo muy sensible en cómo está contado cada personaje. Yo creo que las mujeres tienen una capacidad de piedad más grande que los hombres. Para mí eso tiene que ver con la maternidad, porque generalmente las madres son más indulgentes que los padres. Por ejemplo, si mis hijos quieren comer viendo la tele, mi marido simplemente va a decir no. Yo por lo menos voy a negociarlo. Y creo que Gesine también es piadosa con ellos cinco: no los juzga, tan sólo los muestra. Que el público juzgue. Ella los abre sin valorarlos".

Los cinco devaluados son Gala, Sesam, Nelke, Ulrich y Ela, y llevan vidas muy distintas: Sesam está desempleado y se pasa el día reflexionando sobre qué producto color rojo podría comprar para que su alimentación parezca equilibrada; Ela trabaja como moza y día tras día pierde su lucha contra el reloj, que siempre está una hora menos adelantado de lo que ella espera; Ulrich se cree el yerno perfecto pero al mismo tiempo reconoce que las mujeres no lo han notado todavía; Gala teme a los fines de semana porque generalmente termina imponiéndole una conversación al taxista después de haber tomado unos champagnes sola en un bar; y Nelke sufre una crisis nerviosa cuando se entera de que alguien se tomó el último café y no preparó otro, porque siendo la pasante eterna siempre es ella quien termina preparándolo.

"El mundo está lleno de Galas, Ulrichs y Sesams. En cada uno de los personajes se puede reconocer nuestra misma historia. Yo por ejemplo trabajé como moza cuatro años, mantenía mis gastos, compartía mi departamento con otras dos personas y salía los fines de semana. Y yo sé exactamente de qué habla el personaje de Ela. O mi papá, que se identificó con el personaje de Sesam, el desempleado que está afuera del sistema pero al mismo tiempo lo extraña."

Con o sin identificación con los personajes, no deja de resultar difícil trasladar la realidad social expuesta en la obra a la cotidianidad argentina. ¿Qué tiene que ver un desempleado alemán que se preocupa por su alimentación con un desempleado argentino? ¿Los argentinos realmente tienen interés por las depresiones de la sociedad laboral alemana? Saavedra cree en los vínculos y similitudes que permiten al público argentino reflexionar sobre sus vidas mientras ven los personajes de *El pan de cada día*. "Tanto Ulrich como Sesam tratan todo el tiempo de poder distinguir y organizar el estado de las cosas, mientras que las mujeres simplemente lo nombran y se deprimen. Ellas al nombrarlo se angustian. Son mucho más emocionales y no intentan ocultar sus depresiones." Pero más allá de los vínculos, pasaron cosas durante el montaje: "Durante un ensayo, la actriz que interpreta el personaje de Gala me dijo: 'hablamos del mundo que no se encuentra, y nosotros hemos armado una familia, contándolo".





Fetiches

MODA Un grupo de artistas y diseñadoras de moda –Ailí Chen, Aída Sirinian, Constanza Martínez, Julia Verri, Karina Farías, Laura Scotti, Maria Allemand, Mercedes Pujana y Silvia Gai– trasladaron sus reflexiones sobre la fragilidad, el cuerpo femenino y el erotismo en *Revestirse*, una puesta que cruzó límites entre moda y arte.

POR VICTORIA LESCANO

La puesta fue en El Borde, nueva galería de arte situada en Uriarte 1356, donde previo paso por un sendero de cemento y un bar deli comandado por el experto Rolando Borenztein, el tour comenzó con un traje de Aída Sirinian (la diseñadora que habitualmente hace trajes a medida con sublimes organzas y punto).

El vestido en cuestión en rosa pastel apareció literalmente trasheado con bordados de ovarios y pezones y enfrentado a un laberinto de espejos continuó con una bello simulacro de medias sombreadas con cientos de agujas de bordar y un hilo infinito, resultado de los sutiles experimentos de la artista Ailí Chen. Para quienes se detuvieron ante la serie de esculturas de crochet que simulan piel van las palabras de su autora, Silvia Gai: "Pasó que encontré en el placard de mis padres unos tejidos que había hecho de chica, eran carpetas de crochet absolutamente amorfas y se habían vuelto amarillas, ahí entendí las vinculaciones entre las tramas de esos hilados a mano y las texturas que surgen de observar en el microscopio" (ella trabajó en un laboratorio de anatomía patológica).

La producción más reciente de Gai se aparta de la observación de la piel vía microscopio para ingresar en lo que reviste, sumergiéndose en un universo muy Cronenberg. Valiéndose de primorosos hilados blancos, lanas rojas y azules y puntos de crochet, teje corazones y secuencias de hígados a los que tituló *Donaciones*. "No hago ninguna bajada de línea sobre la donación de órganos, y en mi taller se dieron situaciones muy bizarras a partir de esa piezas; los amigos que vinieron a visitarme durante el desarrollo no pudieron evitar probarse los pulmones o un hígado por encima de sus camisas", agrega sobre esa serie bizarra.

Los pliegues de la piel fueron el tópico de las series fotográficas de la artista Laura Scotti que ocuparon la pared continua a los tejidos. "El eje de mi investigación son las relaciones entre el cuerpo y el lenguaje, no importa tanto a qué parte del cuerpo hago mención sino que se pierda el registro y que a la piel pueda asociársela con otras cosas. Las bauticé Autoerotish porque son fotografías que me saqué a mí misma con la cámara digital de una amiga y en muchas parece que hubiera más de un cuerpo", dice la artista formada en clases de la Pueyrredón y los talleres de Carolina Antoniadis, y cuyo campo de experimentación incluye además objetos de látex.

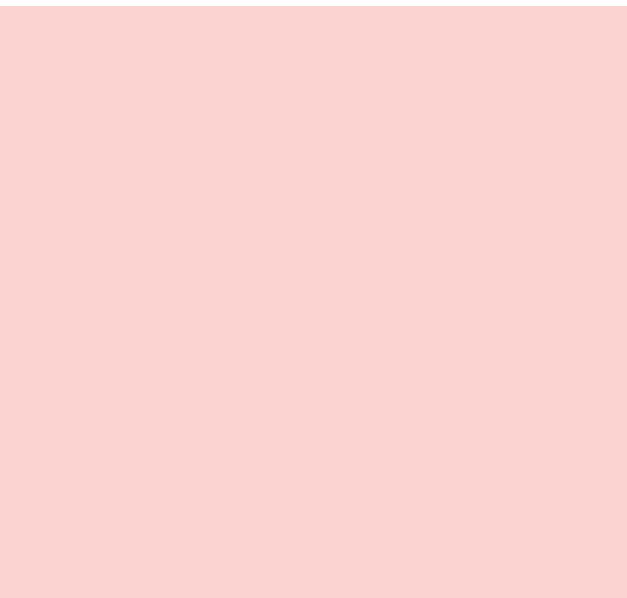
"Que la obra sea ambigua, que sea difícil de definir y que dependa de cómo y en qué lugar la vea, según las condiciones de luz de ese ambiente y la distancia", define de esta manera Ailí Chen las premisas del simulacro de medias, enfundando piernas con un obsesivo despliegue de agujas que cautivaron en la planta baja de la sala (lució un punto rojo en señal de adquirido instantes después de la inauguración). Chen estudió arte en la Pueyrredón y su debut en cine, antes de protagonizar a una joven artista y motoquera en el film *Sólo por hoy* (el film que celebra su romance con el director Ariel Rotter), fue como asistente e intérprete de Wong Kar Wai cuando a fines de los '90 ese director chino de culto se radicó entre LaBoca y las Cataratas para filmar el melodrama gay *Happy Together*, luego incursionó en vestuario para comerciales y actualmente es una de las directoras de arte más solicitadas en la publicidad local.

"Queríamos hablar de la mujer citando antiguas campañas gráficas dedicadas a la costura, la cosmética y la comida, todo lo que en los dictados sociales de los años cincuenta se vinculaban exclusivamente con actividades femeninas. Hicimos una serie de 17 cuadros con collages y los envolvimos, ironizando con esa idea de la caja de bombones o las galletitas que luego devienen costurero, y luego una serie de telas y remeras de edición limitada con esas estampas", apuntan Constanza Martínez y Julia Verri. Ellas recurrieron a la colección de revistas *Readers's Digest*, de cuyos slogans publicitarios destacan: "Jugamos con el absurdo, estampando labiales que prometían ser duraderos, los talcos perfumados y el perfume Tabú, un clásico de la firma Dana cuya publicidad comparaba la belleza y el amor apasionado con un *Nocturno* de Chopin. Encontramos un caso desopilante, el de un comercial de un dentífrico que advertía que por tener mal aliento podrías quedarte soltera. Quisimos homenajear a un género que se extinguió porque la publicidad actual es cada vez más fría y despojada".

"Partí de investigaciones en heráldica y las camisolas y vestimentas que se usaron para la guerra, después llegué a estos trajes que muchos me dicen que les recuerda a ropa de ángeles", cuenta Karina Farías, otra artista presente en *Revestirse*. Es la autora de una serie de vestidos en miniatura y una estética a medio camino entre trajes para ángeles y toiles en miniatura que colgaron de un círculo, algunos bordados de pétalos, resinas, otros cuidadosamente agujereados.

La planta alta, final del recorrido y living del hogar de la curadora Olga Martínez, estuvo consagrada a la puesta de muñecas de trapo cuasi medicales de Maria Allemand y Mercedes Pujana: "Tomamos textos de Bárbara Kruegger y Jenny Holster y sus discusiones del cuerpo como espacio de debate. Durante el desarrollo de las muñecas nos influenció mucho algo que me contó mi padre. El es ginecólogo y nos habló de un nuevo método para prevenir el cáncer de mama y que no es otra cosa que la atrocidad de hacer mastectomías porque, claro, si no tenés tetas, ahí disminuyen las posibilidades de enfermedad. Nos dio tal espanto que hicimos varias muñecas mutiladas –dice María–. Ahora estamos trabajamos en un corto con muñecas en escenarios naturales y definimos nuestras obras como un extraño límite entre la muñeca, el objeto y la escultura".

Las obras que participaron en Revestirse *se pueden visitar en* www.sitearte.com



FOCUS

POR FLORENCIA GEMETRO

Curioso deseo el suyo si piensan traer hijos/as al mundo, anhelo extraño a pesar de tanta fecundidad porque el mundo no los/las recibirá con el pan debajo del brazo, al menos no por ahora, cuando vivir con VIH aún sigue siendo una palabra no dicha, impronunciable, asociada a malentretenidas/os, o dicha a medias, dicha en la intimidad, por sobreentendidos, o ampliamente dicha, públicamente dicha si se asume el desafío de iniciar un camino de exposición, de desnaturalización, de referencias a la corrección política. Muchas de ellas no eligen el sendero público, lo dejan para otras, aunque decidan parir hijos/as desconociendo la larga tradición de madres legítimas –desde la Esparta de Licurgo, cuando las mujeres debían probar su fertilidad a través del matrimonio, hasta la actualidad, año 2003, cuando la OMS debe desmentir la bobada del vocero del Vaticano, el cardenal López Trujillo, que aseguró sin sonrojo la falibilidad de los condones por estar “llenos de pequeños agujeros que permiten el paso del sida”. Existe un mínimo riesgo de transmisión para sus hijos/as –casi nulo en condiciones óptimas–, se podría decir que no es tanto por la posible infección, si se toman los recaudos, sino por la estigmatización, el prejuicio, el mote con que se las vincula o se vincularía a ellas y a su prole. Y si existiera el riesgo, ¿qué? ¿Acaso alguien más que ellas podría decidir sobre sus cuerpos si sus niños/as fueran diferentes?

La extensa simbólica –y no– que se proyecta a partir de la figura del “enfermo” despliega su ordenamiento sobre todas/os aunque de manera diferenciada. El plus social que se agrega al acontecer femenino implica una vivencia mediada por la culpa, una percepción que adjetiva, que modifica el deseo de forma imperceptible. Así lo vivió Lorena –ninguna entrevistada ha querido dar su nombre– cuando se dijo en silencio “acá se termina todo”. Imaginaba su vida “para vestir monjas”; tiempo después conoció a su pareja: “Un muchacho separado, pero no fue fácil, siempre pensaba en cuidar al otro, lo del preservativo era y es todo un tema, los hombres no se quieren cuidar, les tenés que decir que no es joda, en un momento le dije ‘yo no le quiero cagar la vida a nadie’, lo entendió, mi tortura entonces era que nunca iba a poder quedar embarazada”. Su vientre ligeramente ovalado recién asoma los tres meses de su segundo embarazo, todavía no termina de aparecer como el de Sonia, una pequeña y maciza mujer empeñada en ligar sus trompas cual inequívoca solución tras fallidos intentos de convencer a su marido de usar preservativos: “Para él es difícil, tiene 53 años, yo soy más de veinte años menor, y no quiere hacerme sentir que se cuida porque soy una enferma, que lo voy a contagiar”.

Los resultados de un informe de Transmisión Perinatal realizado por el equipo interdisciplinario del Servicio de Inmunocomprometidos del Hospital Ramos Mejía (gru-

no es puro deseo

SOCIEDAD **Es fácil detectar que cuando se habla de embarazo y VIH este cruce aparece como un accidente, algo que pasó sin que intervenga la voluntad de la mujer, aunque ella podría actuar después, haciéndose el test, cumpliendo con los tratamientos. Sin embargo, no son pocas las que conociendo su diagnóstico deciden conscientemente ser madres, esquivando los prejuicios y los riesgos, aunque éstos son cada vez más bajos.**

po integrado por distintos profesionales de la salud que atienden pacientes viviendo con VIH, donde acudieron todas las entrevistadas), revelan que no se ha detectado ni una infección de madre a hija/o en por lo menos cuatro años, el estudio comenzó hace diez (hace dos meses fue distinguido por la última mención bianual que otorga el hospital al mejor trabajo científico). "Los datos son muy optimistas –dice Marcelo Losso, médico coordinador del servicio–, muy positivos, si las cosas se hacen bien la tasa de transmisión es bajísima." ¿Cuáles son las estrategias para evitar la transmisión?

–El abordaje consiste en darle tratamiento antirretroviral a esa mujer con el objeto de bajar la cantidad de virus en su sangre y la que tendrá en sus secreciones genitales en el momento del parto; la segunda estrategia es eminentemente obstétrica, decidir cuál es la vía de parto, si es vaginal o se va a una cesárea electiva, una intervención quirúrgica durante la que se decide sacar al chico antes de que se desencadene el parto, y la tercera es suprimir la lactancia porque sabemos que puede transmitir la infección.

El equipo médico ha realizado un trabajo casi individual para lograr una perspectiva interdisciplinaria, óptica conjunta de los distintos profesionales que también han enfocado su atención sobre la contención, la información y el apoyo a mujeres viviendo con VIH. "Son varias las áreas que se deben relacionar para atender las particularidades porque son mujeres –población más vulnerable por razones biológicas, epidemiológicas, sociales y culturales– y porque están pasando por una situación de embarazo con el temor y la culpa que eventualmente les pueda generar", dice Losso. Ese fue uno de los motivos que originaron las reuniones quincenales donde las mujeres intercambian experiencias, opiniones e información con el grupo médico.

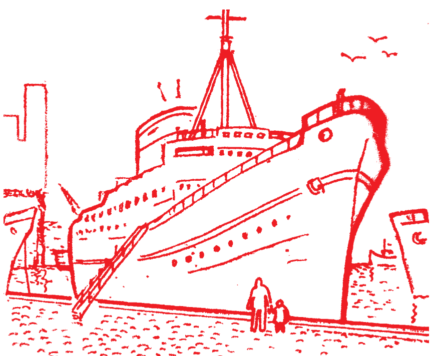
Silvina Ivalo, médica becaria del Servicio de Inmunocomprometidos del Hospital Ramos Mejía, asegura que la vivencia de muchas mujeres durante la gravidez es una sensación de incompletud: "Sienten que no pueden completar la interacción visceral con el hijo, el dar la teta es una cuestión primitiva: hay pulsión en el bebé y pulsión en la mujer, y al no poder dársela sienten que les están fallando, con apoyo entienden que pueden completar la relación de otra forma, con un contacto distinto con el cuerpo, con menos teta, pero más caricias; después, hasta que no conocen el resultado de los análisis de los chicos, se gatillan con la culpa". Un deseo de ser madre que vive con culpa la maternidad diferente al tiempo que expresa un quiebre en la iconografía de las madres dedicadas, sanas madres, completas si son tales, incompletas si no lo son o si lo son en las orillas de esa representación. Deseo que se mete con la descendencia, con una cultura de la buena mujer –sin deseo–, donde el cuerpo aparece fragmentado, dividido entre el sexo y su carne. Una suerte de negación del cuerpo de la mujer reducido a un órgano sano, el vientre liberado de las enfermedades del cuerpo social. Modelos radiantes que brindan sus pechos a los niños en las publicidades, esas que le causaban inquietud a Lorena cada vez que aparecían: "Tanta información de que la leche de la mamá es mejor que cualquiera, pensás que vos no se la vas a poder dar y creés que le falta algo". Hecha la ley, hecha la trampa: "A la nena la apoyaba sobre mi pecho, pero le daba la mamadera cerca de mi cara para que tenga un contacto cercano conmigo, que sienta mi olor, la bañaba conmigo, o la hacía dormir al lado".

Lorena concluyó, a sus treinta, que discriminación ya casi no había, que "estaba todo más avanzado", y si existía, eso era en un principio, hace siete años, cuando se enteró de su diagnóstico, "pero cuando hablé con Alejandra me sorprendí, son terribles las cosas que le dijeron; ese hospital tiene que informarse, después de saber cómo la trataron, no sé... Cuando la conocí estaba en obstetricia, la vi a la defensiva y ahora entiendo". La muchacha a la que refiere intentó hacerse los análisis sin éxito en uno de los hospitales de Lomas –no recuerda cuál–, donde le dijeron que no hacían ese tipo de exámenes, que mejor se vaya, que nada tenía que hacer allí. Dice que tenía mucho miedo, que llegó al Ramos Mejía cuando se pensó "casi muerta, con fiebre alta, diarreas, vómitos, pérdida de peso", cursando un embarazo de seis meses.

En el cuerpo del "sidoso", del "enfermo", del "contagioso" conviven, se concentran los temores, la negación, el rechazo a la mala vida; una peligrosa diversidad representada por el imaginario de "la droga", "la prostitución", "la homosexualidad", "la promiscuidad", "la vagancia", es decir, la alteridad. Una que fue similar durante el terror a la fiebre amarilla –del candor higienista–, la "peste rosa" o la "multiplicación de la pobreza". La misma a la que teme Alejandra. "Por qué me pasa esto a mí –se pregunta en voz alta–, que siempre me cuidé, que no me drogo, que no tomo un vaso de alcohol." Hace unas semanas volvió a trabajar, hace el "recorrido del Hospital de Clínicas", junta cartones con sus hijos y su madre, recuperó rápidamente su salud, ésta es la tercera reunión de mujeres a la que asiste. Cuando llegó al servicio creía que el VIH era "un bichito que te iba comiendo por dentro", se está enterando de a poco de qué se trata, pero tiene mucho miedo a que la traten mal, dice, a que no la quieran tocar, a "que les dé asco porque estoy enferma".

La obviedad del discurso moderno, siempre atento a la corrección política, a la urbanidad medida y racional, reino floreciente de los turgentes discursos de tolerancia y respeto –no vaya a olvidarse de ser humano con quienes lo padecen–, no despeja la reacción frente a la Buenos Aires profunda, descarnada, desnuda y violenta, testigo de los relatos privados en cuyo temor se vive en obvia o invisible percepción la aterradora posibilidad de un cuerpo que desborda los límites de la propia muerte. Un discurso que ha negociado no discriminar a las "víctimas" –con la negativa carga que el sentido puede significar cuando resulta impuesto–, a cambio de una sutil internalización de la discriminación. "Yo no soy una víctima, no me quiero morir, pero tampoco lo digo para no exponerme, aunque no me sienta discriminada", decía Lorena antes de recordar que la echaran del trabajo de operaria tras conocer su diagnóstico. No se discrimina, pero no se dice, "tampoco se nota", con lo cual el estigma pasa a ser un problema privado, a menos que se superpongan las marcas/temores –"pobre", "puta", "enferma"–. Un pavor a la muerte del cuerpo diluido en el caos de muchos otros que se mezclan, que exhiben su deseo, y al hacerlo actualizan el miedo al fracaso, la posterior muerte de un cuerpo social ordenado según múltiples formas que designan a cada cual lo suyo, a cada cual su muerte. Algunas de estas mujeres alimentan su deseo, con culpa o sin ella, de manera pública o privada, por voluntad o por accidente, la cuestión es que existen y desdibujan la tradición a la vera de deseos unívocos sin pedir el permiso de nadie.

Qué paquete el paquebote



A que nunca se les ocurrió hacer un bonito viaje en paquebote? Claro, les faltaba conocer un texto capital sobre periplos mundanos, cual es *Saber vivir internacional* (Ediciones Castilla, 1957). Pero no se depriman, todavía están a tiempo de acceder a ciertas reglas y placeres del buen viajar en buque. Empecemos por la partida: "No hay despedida sin orquídeas. Porque tanto en Nueva York como en París son las flores más caras, y si usted es una mujer elegante y desea hacer lo mismo que las estrellas de cine, hágase enviar un ramo de orquídeas y reúna a un grupo de amigos. Los andenes de las estaciones, los aeropuertos y sobre todo los muelles se prestan mucho para que las despedidas de una mujer refinada resulten menos tristes". Una vez en el paquebote, no hay razones para ponernos ansiosas la primera noche porque "no es necesario vestirse de etiqueta para la cena, ya que se comprende que no hubo tiempo para sacar el smoking o el traje de noche". Y por supuesto, como indica este manual, déjense llevar, porque "nada hay más fácil ni más agradable que abandonarse a la indolencia de un viaje por mar". El capítulo "amor romántico" no es sin embargo tan simple. Más aun, "al embarcarse es preferible no hacerse tales ilusiones (...). La esposa que vuelve o va a las colonias habiendo dejado a su marido o a encontrarse con él, la americana que embarcó hacia Europa para darse una vuelta, la burguesa que hace un viaje para que su hijo vea mundo... no podrán añadir con un romance en altamar ninguna página recomendable al libro de la vida...". Finalmente, hijas, aprovechen la oportunidad que les brinda el paquebote, porque entonces "el sentido de la existencia se les presentará con su sobrenatural verdad. Sólo el mar puede revelarnos tanto en un instante, permitiéndonos ver claramente lo que es nuestra vida al compararla con la inmensidad de las aguas y el cielo infinito". Ejem.







Pasión: perturbación o afecto desordenado de ánimo

La televisión solía preferirla sufrida por mujercitas frágiles que perdían la cabeza por un muchacho viril y dominante, hasta que apareció *Resistiré* y empezó a trastornar ese concepto coríntelladesco con una galería de personajes femeninos avasallantes, encarnados por actrices ídem en la mayoría de los casos. Alejadas de la victimización y la subordinación ciega, decididas a más no poder a llegar a sus objetivos (inclusive llevando a la exacerbación a algunos clásicos, como Rosario-Romina Ricci), cargando con vidas conflictivas y personalidades diversas, manteniendo francamente relaciones poco convencionales (para la moral televisiva, no tanto para la vida extra-tv) con los hombres, las mujeres de *Resistiré* vienen demostrando que la pasión de ellas bien puede ser algo propio y darles fortaleza, antes que debilidad. Afectará el ánimo hasta desordenarlo en su perturbación, puede mezclarse con la ambición, con el placer o con los negocios, puede dar resultados más o menos favorables o inesperados, pero en todo caso puede ser vivida a conciencia y voluntad (no hace falta que ellos intervengan, ellas pueden gozarla/padecerla por sí mismas). Quedarán pocos días para verlas, pero no por eso deja de ser apasionante que ellas hayan estado allí este año. Las vamos a extrañar, verlas en *Resistiré* también fue una pasión.

CONSEJOS DE MARU BON BOM

Cosas a tener en cuenta al momento de besar las partes pudendas de otro ser humano.

Como todo en esta vida, queridas amigas, asomarse a la entrepierna de un compañero/a sexual con la boca dispuesta a hacerle pasar un momento agradable puede traer sus trastornos si una no está bien preparada. Nadie está exenta/o de la arcada inoportuna, el chapa chapa que deja la secreción excesiva de líquidos o el nada sexy disloque de la mandíbula que ha hecho poner pies en polvorosa a más de uno/a en busca de un componedor que vuelva las cosas en su lugar. Por eso, antes de ubicar su linda boquita en la zona indicada, medite, prepárese y no se lave los dientes –que para eso habrá tiempo después.

Caso 1:

Usted le ofrece placer oral a una mujer. ¿Y entonces por qué no abre los ojitos? ¿Qué es lo que teme descubrir? Deje de lambetear en vano, vaya al punto –o al clítoris, digámoslo–, se ahorrará usted tirones de pelo, indicaciones propias de cartógrafos y gemidos fingidos que nunca son tan jugosos como los verdaderos –he ahí una buena manera de diferenciar unos de otros–. Además se abrirá frente a sus ojos un mundo nuevo plagado (o plegado) de caminos diversos que harán las delicias de su compañera.

Caso 2:

Usted le ofrece placer oral a un hombre. Y ya que se lo está ofreciendo ¿qué necesidad hay de que él le empuje la cabeza al peor estilo bonaerense (es decir, submarino seco)? Le sugerimos dos cosas: o bien luce un corte inexpugnable –no más de medio centímetro de pelo– o bien se detiene, sube hasta la altura de los ojos y pone las cosas en claro. Ambos van a ser más felices y sabrán a qué atenerse.

Caso 3:

Usted es una mujer y recibe placer oral. Vamos, amiga, déjese llevar, guarde la culpa por el tiempo transcurrido para otro momento. Las chicas somos así, necesitamos paciencia y constancia y es usted y sólo usted quien puede hacérselo saber a su amante. La vagancia debe dejarse de lado junto a la ropa interior. Y el falso pudor, por favor, antes de cruzar la puerta que sea.

Caso 4:

Usted es un hombre y recibe placer oral. No sea artero, no hace falta caer en bajos artilugios, no escupa su simiente en la boca de su amante si antes no existió una conversación previa. Así evitará devoluciones anticipadas, clausura abrupta de la mandíbula –con su parte pudenda dentro– y rotundas negativas en el futuro que, sin duda, empobrecen una linda relación.

Por último, amigas, un consejo universal: si quiere llegar viva al final del acto, ¡deténgase cuando sea necesario! Hay registros de buenos/as seres que han quedado azules por no quitarse de la boca ese pícaro pelillo que, ubicado en la amígdala, puede arruinar cualquier goce.



LA CONTEMPLACION RESPONSABLE DE TODOS LOS FACTORES: ESE ES EL UNICO REQUISITO QUE MARU ACONSEJA PARA NO ABANDONAR NUNCA LA ETAPA ORAL.

Dudas crueles, consultas y otras yerbas:
marubonbom@pagina12.com.ar